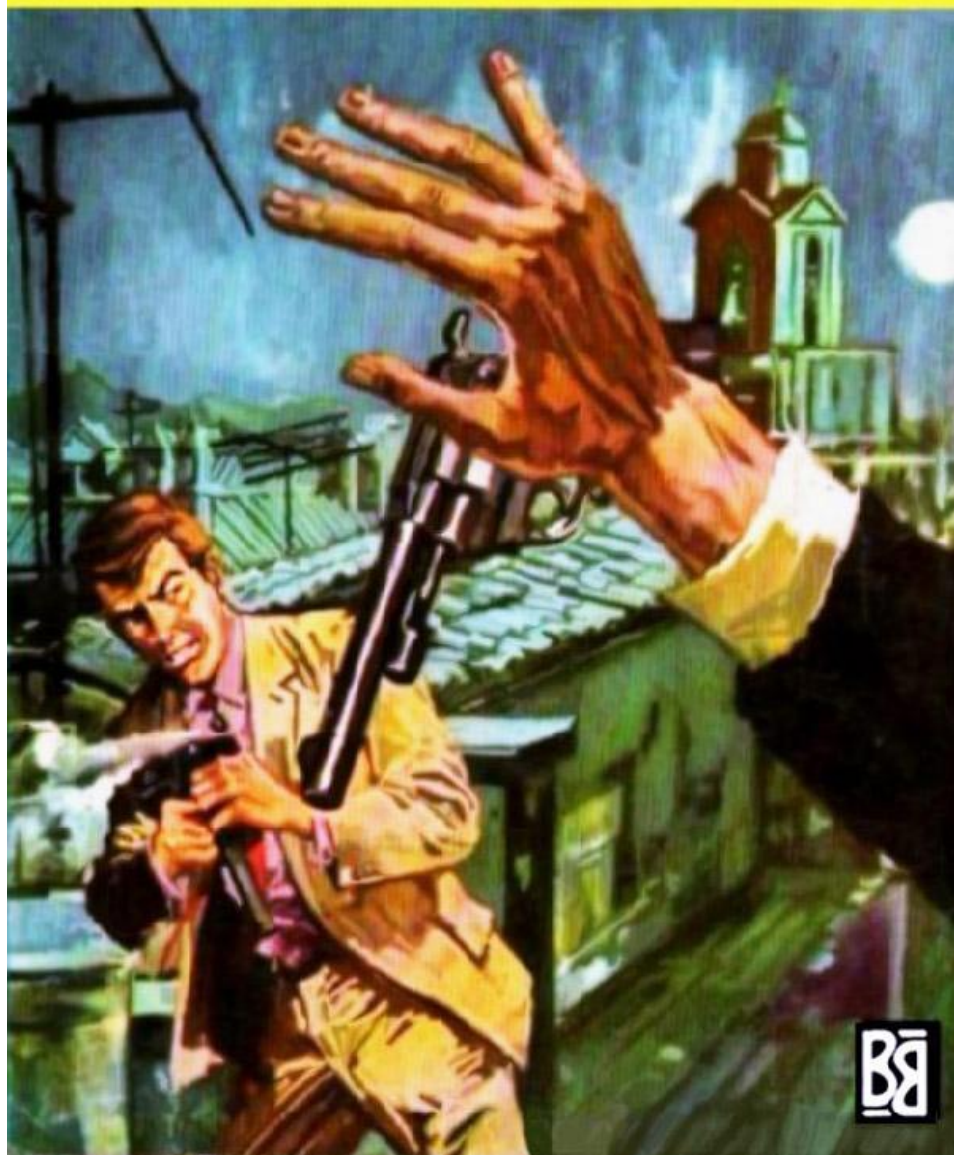


PUNTO
ROJO

amenaza fatídica

frank lewis



BB

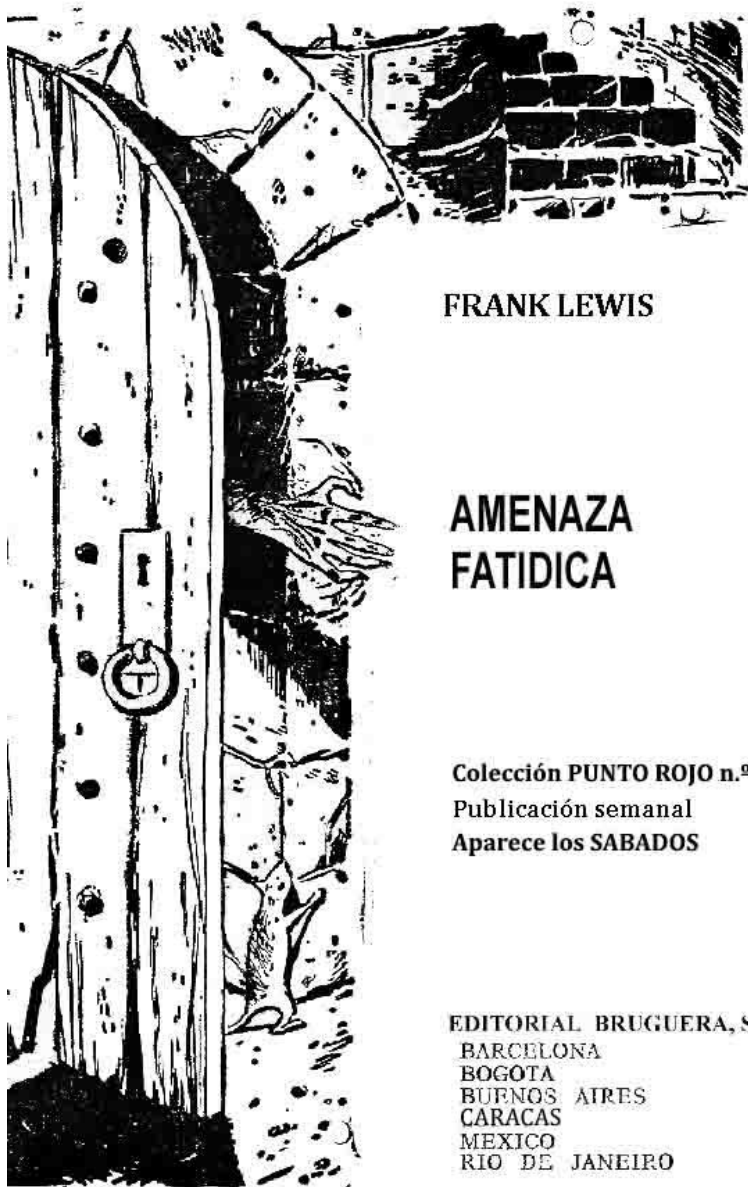
AMENAZA FATIDICA

FAT MERRILL

JUDITH
SHERER



atamaia



FRANK LEWIS

AMENAZA FATIDICA

Colección PUNTO ROJO n.º 225

Publicación semanal

Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA

BOGOTA

BUENOS AIRES

CARACAS

MEXICO

RIO DE JANEIRO



Dépósito legal: B 20.069 - 1966

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: agosto 1966

© FRANK LEWIS - 1966
sobre el texto literario

© MIGUEL GARCÍA - 1966
sobre la cubierta

© COSTA Y ALTAMIRA - 1966
sobre las ilustraciones interiores

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1966

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

826. —Organización criminal

En Colección PUNTO ROJO:

183. —En las sombras

En Colección ARCHIVO SECRETO:

100. —Agente novato

CAPÍTULO PRIMERO

La música sonaba de forma deliciosa y la sala estaba débilmente iluminada. Pat Merrill danzaba con los ojos semicerrados, gozando con tener entre los brazos a aquella subyugante rubia.

Hacía escasamente media hora que la conocía, pero entre ambos habíase establecido una corriente de simpatía, existiendo la esperanza de pasar una noche inolvidable. Pat confiaba plenamente en ello; su vasta experiencia se lo indicaba.

Para Pat Merrill sólo existían dos pasiones: el trabajo y el placer. Tan pronto terminaba el primero, se apresuraba a empezar el segundo. En modo alguno deseaba, otras preocupaciones.

Debido a sus estudios e innatas condiciones, Pat se convirtió en el mejor especialista de San Francisco, quizá de California y, probablemente, de la nación. Pero él no era petulante, le gustaba su profesión, la ejercía concienzudamente y estaba bien pagado. El resto no le importaba.

Con la extinción de las últimas notas de la melodía, se encendieron las luces. Su llamativa pareja le sonrió.

—¿Contenta, Louise?

—Sí, Pat. He sido muy afortunada al encontrarte.

—No me has encontrado. He sido yo quien te ha salido al paso. En cuanto te vi, sólo pensé en una cosa.

—¿Qué cosa es ésa, Pat? —inquirió Louise con coquetería.

—Tenerte a mi lado y contemplar esos ojos tan preciosos.

Pero la mirada del joven no estaba fija en los ojos de su acompañante, sino en su atractiva figura. El ajustado y elegante vestido dejaba adivinar las armoniosas y rotundas curvas de su cuerpo. Ella entreabrió los labios complacida.

Se sentaron y Pat llenó las copas de champaña. La burbujeante

bebida pareció brillar en el interior de las copas. El joven alzó la suya.

—Por ti, Louise.

No llegó a beber, pues una voz bronca inquirió con dureza:

—¿Es usted Pat Merrill?

El joven clavó la mirada en un hombre de mediana estatura, muy corpulento. Vestía un buen traje, pero no le sentaba bien.

—Sí. ¿Qué desea?

—Hablarle.

—¿Cree que ésta es la ocasión más indicada?

—Cualquier hora es buena para entenderse, Merrill.

—No lo creo así. Haga el favor de verme mañana.

A pesar de la energía con que fueron pronunciadas estas palabras, aquel tipo desagradable continuó delante de Pat, sin aparentar haberse impresionado lo más mínimo. El joven frunció el ceño; su temperamento irlandés no era muy propicio para consentir forzadas intromisiones.

Fue a responder con acritud, cuando sonó otra voz:

—Largo de aquí, encanto. El señor Merrill estará ocupado unos minutos.

Pat alzó la cabeza, viendo a un individuo alto y enjuto. Su expresión era amenazadora. Louise estaba visiblemente asustada y dispuesta a obedecer la «amable» indicación.

La mano de Pat la sujetó con fuerza.

—No hagas caso, Louise. Estos señores van a marcharse, son muy amables y no querrán seguir molestando. ¿No es así?

El tipo corpulento movió la cabeza negativamente.

—No, Merrill. No nos vamos a ir. Antes debe escucharnos.

—Es usted muy testarudo.

—Lo soy —con una sonrisa metió una mano en el bolsillo de su chaqueta, mostrando un bulto amenazador—. Estoy dispuesto a todo. ¿Se ha enterado?

La mandíbula de Pat se apretó con fuerza. De haberse dejado llevar de su impulsivo temperamento, habría derribado la mesa y golpeado a aquellos pistoleros. Se contuvo, pues la violencia sólo le crearía dificultades, e incluso le haría recibir un balazo. Esto no era una perspectiva muy tentadora.

—Pat, me marchó. Ya volveré.

—Sí, es lo mejor, Louise. La amabilidad de estos señores nos ha convencido.

La rubia se levantó, alejándose sin volver la cabeza. Pat contempló el movimiento cimbreado de su cadera y exhaló un débil suspiro. Hizo un gesto de resignación e invitó:

—Pueden sentarse.

Los dos hombres se sentaron, Aparecían tranquilos, como si la situación fuese normal. Pat atrajo la atención de un camarero.

—Dos copas, por favor.

La orden fue obedecida con rapidez. Pat las llenó.

—Son ustedes mis invitados. Hagan el favor de beber.

Los dos hombres se miraron, después, bebieron.

—Se han quedado muy silenciosos —comentó Pat—. Hace poco usted se mostraba muy elocuente.

—Debe acompañarnos, Merrill.

—¿Cómo ha dicho? —preguntó el joven enarcando las cejas.

—Vamos a salir de aquí, alguien desea hablarle.

—No, no, esto es demasiado. La noche me pertenece, no tienen derecho a arrebátarmela.

—No nos queda otro remedio. Créame, lo lamento mucho.

El tono de aquel individuo era sarcástico y Pat sintió el irresistible deseo de golpearle. Su interlocutor adivinó en sus ojos su intención. Con dureza masculló:

—No cometa ninguna tontería, pues se arrepentiría.

Pat colocó las manos sobre la mesa. Miró a los dos hombres.

—Ustedes me conocen. Mañana me encontrarán a su disposición, hagan el favor de marcharse.

—Le están esperando.

—¿No queda otra solución?

—No.

Pat hizo un gesto de resignación. Cogió la copa y la vació de un trago. Se puso en pie, mientras decía:

—Vámonos.

Los dos hombres le siguieron. Una vez en la calle, el corpulento pistolero señaló un pequeño coche.

—Suba.

—Preferiría ir en el mío. Les seguiré.

—No puedo fiarme de usted. Suba.

—Le doy mi palabra. Ahora ya me han estropeado la noche.

—No insista. Adentro.

Había abierto la portezuela y amenazaba a Pat con su pistola.

—Como usted quiera, no puedo desairar su amable invitación.

—Nada de burlas, no me hacen gracia.

Pat se dejó caer en el respaldo, mientras el pistolero, alto y enjuto, ponía en marcha el coche. El joven procuró estar atento en el recorrido, para reconocer el lugar adonde se dirigían. Su acompañante le miraba con burlona sonrisa.

—No se preocupe, Merrill. Ahora vamos a una pequeña fábrica abandonada, que se halla en venta. Si lo desea puedo darle la dirección. No se trata de un secreto.

—Excelente precaución.

Pat cada vez sentíase más intranquilo. No le gustó la extraña invitación de aquellos siniestros individuos, y más al estar respaldada por la amenaza de una pistola. Pero el hecho de ver llevado a un lugar abandonado demostraba, sin lugar a dudas, que se encontraba envuelto en un tenebroso asunto.

No le agradaba el cariz que habían tomado los acontecimientos, pues los contratiempos le producían una desagradable impresión.

Quizá fuese egoísta, pero sólo deseaba divertirse, aparte de cumplir con su trabajo. Y pasó bastantes penalidades en Corea, donde estuvo luchando.

Tras las palabras de su acompañante, descuidó su vigilancia, perdiendo la noción de cuanto les rodeaba. El coche se detuvo bruscamente. La Oscuridad de la noche le habría impedido reconocer el lugar donde estaba. De lo único de que estaba convencido era de que se encontraba en la parte alta de la ciudad.

—Baje, Merrill.

—No tengo inconveniente, amigo.

El pistolero del volante habíase vuelto; en su mano aparecía una negra pistola, encañonándole. El joven se echó a reír.

—No es necesario tomar tantas precauciones. Ya he llegado hasta aquí, la noche está estropeada, y tengo curiosidad por saber de qué se trata.

Siguió al corpulento pistolero, sabiendo que su compañero iba tras él, con la intención de disparar al menor movimiento sospechoso. Pat observó el ruinoso edificio con despreocupada

curiosidad. Era antiguo y su aspecto vulgar, propio de una fábrica. Se componía de dos plantas y no era excesivamente grande. De no haber dicho el pistolero que estaba abandonado, ahora tendría la seguridad de ello.

La pequeña verja chirrió al ser empujada por el corpulento individuo; debía hacer mucho tiempo que fue engrasada. El pequeño sendero estaba invadido por la hierba y ésta crujía bajo sus pies produciendo un siniestro sonido, que resonaba en la oscuridad de la noche.

La puerta cedió a la presión de la mano del pistolero. El haz de su linterna alumbró el camino a seguir.

—Tenga cuidado de no caerse, Merrill.

—No me preocupo, ustedes cuidan de mí.

Tenía la seguridad de haber disgustado su respuesta al pistolero, pues éste carecía del sentido del humor, confirmándolo un gruñido. Se trataba de una pequeña venganza y lo aprovechaba. De buen grado hubiese mandado al diablo a aquellos dos individuos, alejándose de la fábrica abandonada.

No podía hacerlo, pues de intentarlo, los pistoleros no titubearían en disparar contra él, reduciéndole a la impotencia. Debía conformarse con aquella situación.

Además, sentía una viva curiosidad por conocer el motivo de aquel rapto. No podía denominar de otra forma su conducción a aquel lugar.

Subieron una estrecha escalera, encontrándose en la primera planta.

—¿Vamos a subir a la azotea? —preguntó Pat.

—Cállese.

—Como usted quiera, no he podido contener mi curiosidad. Se trata de un juego divertido.

No obtuvo contestación. El corpulento pistolero se detuvo ante una puerta y la abrió. Entró y Pat sintió que el cañón de la pistola se incrustaba en su espalda, empujándole con suavidad. Obedeció y se encontró en una pequeña estancia. Pudo verla, por haber encendido el pistolero una bujía, que estaba sobre un pequeño armario de oficina, colocado en un rincón. Aparte del armario, sólo había dos sillas, cubiertas de polvo.

Se trataba de un marco siniestro para sostener una entrevista.

—¿Y ahora qué?

—Cállese. No tardará en venir el señor Smith.

—Tendré un gran placer en conocerle.

En el pasillo se oyeron unos pasos, fuertes y rápidos, que se detuvieron ante la puerta. Pat miró con interés, pero sólo distinguió una sombra. Ahora comprendió el motivo de la posición de la bujía. Como estaba colocado en un rincón, alumbraba a ellos, mientras la puerta permanecía sumida en la oscuridad.

Se oyó una voz extraña, casi metálica. Pat tuvo la seguridad de que aquel hombre tenía algún objeto ante la boca, para evitar ser reconocido.

—Lamento haberle ocasionado algunas molestias, señor Merrill, al obligarle a venir hasta aquí. Pero tengo motivos para ello, usted lo comprenderá.

—Me ha estropeado una noche deliciosa, señor Smith.

Se oyó una risa seca, cortante.

—No debe preocuparle, podrá pasar muchas noches agradables. Es usted tal como me lo habían descrito mis informes.

—No entiendo esta entrevista, señor Smith. Da la impresión de ser un melodrama, rodeado de tanto misterio.

—No deseo ser reconocido por usted.

—Acostumbro a ser discreto en mis asuntos particulares.

—La mayor discreción se encierra en lo que se ignora.

—Con franqueza, no me gusta esta situación. No la considero legal.

De nuevo se oyó la risa seca, cortante.

—En eso ha acertado, no se trata de una situación legal. Le voy a hablar con claridad.

—No lo haga. Nunca participo en algo que no sea legal.

—Le ofrezco tres mil dólares por realizar una pequeña labor, que a lo sumo le costará un par de horas.

—Es mucho dinero para tan poco tiempo. No me conviene.

—Aún no sabe de qué se trata.

—Lo ha dicho usted hace unos momentos. Por ninguna cantidad estoy dispuesto a hacer algo que esté fuera de la ley.

—No debe ser pusilánime. El dinero carece de signos, lo único interesante es tenerlo.

—Mi opinión es muy distinta, señor Smith. Deseo terminar esta

entrevista.

Resonó la risa seca y cortante. Después la voz metálica, ligeramente amenazadora:

—Tan sólo hemos empezado, Merrill. No me he tomado tantas molestias para cambiar algunas palabras. Nada de eso, continuaremos conversando y tengo la seguridad de que llegaremos a un completo entendimiento.

—Lo dudo, señor Smith.

—Siempre acostumbro a hacer cuanto deseo. Se lo advierto.

Continuaba la amenaza en la voz del desconocido. Pat se dio cuenta de ello. Sus labios estaban apretados con fuerza, profundamente indignado.

La voz metálica prosiguió:

—Conozco muy bien sus méritos profesionales. Usted es el único hombre en San Francisco capaz de abrir una caja de caudales. Ésta es pequeña, pero endiabladamente complicada.

Ahora comprendió Pat el motivo de aquella extraña entrevista, relacionándolo con un suceso ocurrido hacía dos días. Su propósito de negarse aumentó. No aceptaría las condiciones de su misterioso interlocutor.

—No la abriré —afirmó con entereza.

—Le he ofrecido tres mil dólares.

—No me interesa el dinero, acostumbro a ganarlo honradamente.

—¡Por favor, Merrill! No me ha gustado su tono, aunque comprendo su escrúpulo profesional. Voy a aumentar a lo máximo mi proposición: Cinco mil dólares.

—Es usted generoso, no puedo dudarlo. Pero sigo sin aceptar.

—Hace usted mal. En mi actual situación estoy dispuesto a todo, pero quisiera resolverlo de forma amistosa. Todos saldremos ganando.

—¿Qué piensa hacer si me niego?

—No voy a explicárselo; cuando lo ponga en práctica se dará cuenta —replicó el señor Smith con siniestra entonación.

Toda la impetuosidad de la sangre irlandesa de Pat se sublevó al oír la amenaza. Por principio no hubiera aceptado la propuesta del misterioso personaje, pues su padre siempre le inculcó un alto sentido de la honradez, hasta convertirlo en algo innato.

Él había conseguido una buena posición, pese a su juventud. Ganaba un buen sueldo, pudiendo satisfacer todos sus caprichos, los cuales no eran excesivos. Si aceptaba realizar aquella operación, se colocaría fuera de la ley. De ser descubierto sería detenido y conducido a una penitenciaría. Y esto no lo deseaba en forma alguna. Cinco mil dólares era una buena cantidad, pero no la codiciaba y menos corriendo tantos riesgos.

Se quedó sumido en estos pensamientos, casi olvidando donde se encontraba. La voz metálica le volvió a la realidad.

—¿Se ha quedado mudo, Merrill?

—No, no.

—Entonces, responda. ¿Acepta mi proposición?

—Nunca cambio de opinión y más si se trata de un asunto importante.

Le pareció advertir un ligero cambio en la voz del señor Smith como si la indignación y la ira le dominase.

—No se obstine en oponerse, lo lamentaría.

—Señor Smith o quien sea, le advierto que no me gustan las amenazas. Déjeme marchar y me olvidaré de esta entrevista.

—No se marchará, Merrill. Se encuentra en mi poder y hará cuanto yo desee. Puedo matarle si se me antoja, me basta con levantar una mano.

Pat se metió las manos en los bolsillos del pantalón, mientras notaba el duro contacto del cañón de la pistola en sus costillas.

—Las manos fuera, Merrill —ordenó el corpulento pistolero.

El joven obedeció con rapidez.

—Ya está, no se preocupe.

—No me disgustaría apretar el gatillo, puede creerme.

—Hágalo —desafió Pat.

Oyó rechinar los dientes del pistolero, mientras aumentaba la presión de la pistola. Sonó la voz del misterioso personaje.

—No adopte esa actitud, Merrill. Le será contraproducente.

—Ya estoy harto de escuchar sus amenazas. Por última vez le exijo que me deje tranquilo.

Al terminar de pronunciar estas palabras, Pat estaba preparado para actuar. Y lo hizo con rapidez. Su codo golpeó con sequedad el brazo del corpulento pistolero, apartando la pistola de su cuerpo. Se revolvió con rapidez y le golpeó en el mentón, derribándolo al

suelo.

Antes de que el otro pistolero reaccionase de la sorpresa recibida, su derecha se le incrustó en el estómago, obligándole a doblarse sobre sí mismo. Con el canto de la mano le golpeó en la nuca, haciéndole desplomarse de bruces.

Sonó una detonación y oyó el silbido del proyectil, notando cómo le pasaba rozando una pierna. Comprendió la intención del señor Smith: éste intentaba herirle para reducirle a la impotencia.

—Canalla, le daré su merecido.

Y se lanzó hacia la puerta, dispuesto a caer sobre el misterioso personaje y golpearle.

Pero éste no le esperaba, huyendo precipitadamente.

Pat ya se encontraba cerca de la puerta cuando una mano le aferró por el pie, haciéndole caer.

Su instinto le hizo poner las manos en el suelo, evitando darse un fuerte golpe en la cara. El pistolero continuaba sujetándole por el pie, pero con una brusca sacudida se liberó.

Se levantó, pero su corpulento adversario ya se encontraba a su lado, pegándole con violencia. Pat retrocedió hasta tropezar con la pared, viendo cómo el pistolero se le arrojaba encima. Se apartó y éste se estrelló contra la pared.

Pat le golpeó en un costado, respondiéndole un rugido de dolor.

A la débil claridad de la bujía, vio cómo el pistolero se disponía a devolverle el golpe. Trató de anticiparse y unos brazos le rodearon las piernas, amenazando con hacerle perder el equilibrio.

Esta vacilación le hizo perder de vista al pistolero y éste le golpeó brutalmente en la cara. Con un poderoso esfuerzo logró continuar de pie, pero su enemigo volvió a pegarle. En esta ocasión logró amortiguar la violencia del impacto, volviendo la cabeza.

Cayó al suelo, aunque conservando la lucidez. El otro pistolero continuaba sujetándole, tratando de reducir sus movimientos, mientras mascullaba:

—Acaba con él, Murphy.

No obstante, aquel individuo se hallaba debilitado por los golpes recibidos, no siendo su presión muy vigorosa. Su puño tropezó con su cara, sintiendo que el fuerte abrazo del pistolero se aflojaba hasta dejarle libre.

Murphy se encontraba muy cerca de él, dispuesto a darle un

puntapié. Pat esperó hasta el momento preciso, rodando con rapidez sobre sí mismo. Murphy al fallar su alevoso intento, perdió el equilibrio, profiriendo una imprecación.

El joven se irguió viendo como el pistolero se lanzaba sobre él. Saltó a un lado, advirtiéndole que le dolía todo el cuerpo. Murphy, aunque no logró su propósito, no fue burlado por completo, revolviéndose con rapidez, y empuñó su pistola.

—Le voy a matar, Merrill.

Aunque no veía sus ojos, adivinó que en ellos debía reflejarse el ansia de matar. Su situación era difícil, pero Pat no se arredró, estando dispuesto a luchar y escapar de aquella peligrosa encerrona.

Se agachó y su mano asió una silla, lanzándola contra Murphy. Éste disparó, pero el proyectil se estrelló en la pared, casi en el techo.

Pat, de un salto, estuvo a su lado, golpeándole despiadadamente. Murphy se bamboleó grotescamente, hasta derrumbarse con estrépito.

Pat llegó a la puerta y salió decididamente al pasillo, pese a no confiar en atrapar al misterioso señor Smith. Corrió hacia abajo, llegando a la puerta principal. A pesar de su impetuosidad, el joven no se confiaba demasiado pues un balazo podía alcanzarlo de improviso y reducirle a la impotencia.

Oyó el motor de un automóvil, teniendo la seguridad de que huía en él el jefe de aquella cuadrilla de delincuentes. Cruzó el descuidado sendero con cautela, hasta llegar a la calle.

El pequeño coche de los forajidos se encontraba en el mismo lugar. Pat se acercó y no logró abrir la portezuela, pues estaba cerrada con llave. Se encogió de hombros, esto no significaba ningún contratiempo.

Echó a andar, hasta distinguir un taxi en el que se hizo llevar hasta donde tenía su coche aparcado.

CAPÍTULO II

Le dolía la cara y algunas partes del cuerpo. Desde su licenciamiento no recordaba haber realizado ejercicios tan violentos, y menos recibir golpes.

El agua, al deslizarse por su cuerpo, terminó por reanimarle. Durmió profundamente, pero ello no bastó para hacerle recobrar su completa normalidad.

Se frotó el cuerpo con vigor, mientras pensaba en lo ocurrido la noche anterior. Todavía estaba sorprendido por la vertiginosa celeridad de los hechos, creyendo haber sido víctima de una pesadilla.

Hasta entonces estaba convencido que aquellas cosas sólo sucedían en las novelas y en las películas, distando mucho de ocurrir en la vida real. Ahora ya no podría ponerlo en duda, pues la realidad superaba con creces a la ficción, aunque no siempre.

¿Cuál debía ser su reacción? No lo sabía con certeza, pese a que su deber le inducía a recurrir a la policía y relatar lo ocurrido. Se hubiese decidido a hacerlo de tener la certeza de ser creído. Pero creía ver delante de él el semblante socarrón del inspector Kirby, asintiendo con la cabeza, mientras en sus ojos se divisaba la incredulidad.

No sería creído. Sería probable que le acompañasen hasta la fábrica abandonada, no distinguiendo en ella nada anormal, pues los pistoleros habrían tomado la precaución de ponerlo todo en orden.

El inspector Kirby le daría un amigable golpe en la espalda, acompañándole hasta la puerta. Después, comentaría con sus subordinados la fabulosa imaginación de algunos ciudadanos.

Se encogió de hombros, dispuesto a olvidarse de lo ocurrido. Se

trató de una dura experiencia y nada más. Estaba contento de haberse resistido a obedecer la orden del misterioso señor Smith, y más no aceptando su oferta, pese al peligro corrido, pues dispararon dos veces contra él.

Esto indicaba con elocuencia las intenciones de aquellos hombres; eran decididos y no se detenían ante ningún obstáculo. Aunque confiaba en no volver a ser molestado. Sus enemigos ya estarían convencidos de su peligrosidad y no tratarían de hacerle caer en otra emboscada.

Como había dicho el señor Smith, tan sólo él en San Francisco sería capaz de abrir la caja fuerte robada. Se podía intentar volar la puerta con dinamita, aunque debía ser un buen especialista quien lo intentase. Pese a esto sería difícil y se correría el riesgo de estropear el valioso contenido.

Terminó de vestirse y se dispuso a marcharse. Iba a hacerlo cuando sonó el timbre del teléfono. Tuvo un presentimiento, pero movió la cabeza y lo desechó. De ninguna forma estaba dispuesto a perder el control de sus nervios, sobresaltándose por la causa más mínima.

Cogió el auricular y lo apoyó en la oreja.

—Diga.

Oyó la voz metálica.

—Otra vez le estoy hablando, señor Merrill.

La mandíbula de Pat estaba apretada con fuerza.

—Sí, le he reconocido, señor Smith.

—Anoche salió usted bien librado de nuestra entrevista. Le felicito por su arrojo, aunque ya estaba informado de esa cualidad suya. ¿Ha pensado usted en lo ocurrido?

—He preferido no hacerlo.

Escuchó un sonido desaprobador.

—Eso está mal hecho, Merrill. Debe meditar en mi proposición, que es muy interesante.

—No sé cómo se atreve a insistir. Mi respuesta fue firme.

—No lo dudo. Y su forma de reaccionar muy elocuente. Debe tener en cuenta que no siempre tendrá tanta suerte, pues un balazo puede matarle.

—No me gustan las amenazas.

—Lo sé, lo sé.

—No me importa cuánto haga usted; pero no me mezcle en sus asuntos. Existen muchos especialistas, la mayoría de ellos al margen de la ley.

—Los conozco, Merrill. No le pido información, sino su colaboración. Usted es el único capaz de abrir la caja fuerte, estoy convencido de ello. Antes de dar el golpe ya contaba con su ayuda.

—Lo lamento, se ha equivocado usted.

—La caja pudo ser volada, la dinamita es un procedimiento casi infalible, pero corría el riesgo de estropear su contenido. Y eso de ninguna manera.

—Es demasiado valioso, ¿eh?

—Sí.

—Señor Smith, se lo digo por última vez: déjeme tranquilo.

Iba a colgar el teléfono cuando la voz metálica dijo:

—No cuelgue todavía. Le doy de tiempo hasta las ocho de la noche. Un Coche le esperará delante de «La gaviota azul». Lleve en el bolsillo superior de su chaqueta un pañuelo blanco, con una punta en el centro; eso demostrará su conformidad.

—Es inútil, no iré.

—Mi oferta sigue siendo la misma: cinco mil dólares.

—¡Váyase al infierno!

Y colgó el auricular.

No llegó a salir del piso, volviendo a sonar el timbre del teléfono. Vaciló y volvió sobre sus pasos. Cogió el auricular y rugió exasperado:

—¡No quiero volverle a oír!

Iba a colgar, sin esperar contestación, cuando oyó una voz sorprendida.

—¿Qué te ocurre, Pat?

—¿Eres tú, John? —inquirió confuso.

—Naturalmente. ¿Quién creías que era? ¡Vaya tono el tuyo; si me tienes cerca me hubieses mordido!

—No te has equivocado. Te había confundido con otra persona.

—¿Con quién?

—No seas curioso, John. En realidad, casi carece de importancia.

—Como quieras, chico. Te he llamado para invitarte a cenar esta noche. Norma y yo no te hemos visto desde hace más de dos semanas. Eso no está bien, pues somos tus únicos familiares.

—Bien, iré. Dale recuerdos a Norma.

—¡Hasta luego, Pat!

Frunció el ceño al colgar. Aquel endemoniado señor Smith le haría perder el dominio sobre sí mismo.

De nuevo repiqueteó el timbre. Lanzó una desconfiada mirada al auricular y lo cogió.

Sí, ahora no podía tener la menor duda, era el misterioso señor Smith. Estaba escuchando la voz metálica.

—¿Merrill?

—Sí, soy yo.

—Medite sobre mi proposición. ¿Con quién ha hablado?

—No le importa —respondió Pat de mal talante.

Le respondió una risa sarcástica.

—Tengo la seguridad de no haberlo hecho con la policía. Le aconsejo que no se le ocurra hacerlo. Sus pasos son seguidos por mis hombres. Le mataría.

—No me asusta, fantoche —rugió indignado.

Antes de colgar oyó una exclamación de furor, le hizo sonreír, pues por lo menos acababa de desquitarse, exasperando a su misterioso interlocutor. La vanidad de éste habría sido herida por su insulto.

Salió a la calle, aspirando con deleite el aire. En plena mañana cuanto le estaba ocurriendo le parecía irreal, como si fuese producto de una pesadilla. La personalidad del señor Smith quedaba desdibujada dejando de ser amenazadora.

Ahora sólo se proponía asustarle, por si de esta forma lograba su colaboración. Al exigirle no comunicar a la policía lo ocurrido daba mayor fuerza a su suposición.

Aquel hombre ya no intentaría nada contra él. Sí, cogiéndole desprevenido no logró reducirle a la impotencia, menos lo conseguiría estando alerta. Su insistencia sólo serviría para acudir al inspector Kirby, solicitando su ayuda. Y esto no lo convendría.

Desayunó con excelente apetito, dirigiéndose a la oficina.

Durante todo el día estuvo trabajando. Su labor fue ardua, enfrentándose con algunas dificultades. Esto sirvió para apartar de su mente el recuerdo del señor Smith.

Miró su reloj; faltaban dos minutos para las ocho. Ahora debería encontrarse ante el *dancing* «La gaviota azul», llevando en el bolsillo

superior de su chaqueta un pañuelo blanco, con una punta en medio.

Los hombres del señor Smith esperarían en vano su aparición, y al comunicarlo a su jefe, éste dejaría escapar una maldición y pensaría en otra solución, olvidándose de él.

Tomó un aperitivo, charlando con un conocido. Conversaron sobre los últimos acontecimientos deportivos. Pat buscaba distraerse y no acordarse de los forajidos.

Cuando apretó el timbre de la puerta de la casa de su primo, lo había conseguido. El señor Smith ya no se encontraba en su mente.

—¡Hola, Pat! —saludó alegremente Norma.

Y le besó en la mejilla cariñosamente.

—Tienes un aspecto magnífico, Norma.

Ésta sonrió complacida, cogiéndose a su brazo.

—Eres un tunante, Pat. Nos tienes olvidados, John está furioso contigo.

—Sabéis que no es cierto. La prueba es que estoy aquí.

—Porque te hemos llamado.

John Merrill apareció. Iba en mangas de camisa, llevando al descubierto sus musculosos brazos. Los años ya empezaban a desdibujar su potente figura. Era casi tan alto como Pat, aunque más corpulento. Su abdomen se le estaba desarrollando demasiado.

Abrazó con fuerza a su primo.

—No debería dejarte entrar, pillastre.

—Para eso no deberías haberme llamado. Tienes buen aspecto, estás en forma.

Y le golpeó en la barriga.

—No te burles. Volveré a hacer ejercicio y un ligero régimen y esto desaparecerá.

—Naturalmente, no te está bien. ¡Un campeón como tú!...

—Nunca lo hubiese sido, Norma y tú lograsteis hacerme retirar después de mi tercera derrota. Lo tuyo fue una lástima, la historia del boxeo ha perdido un gran campeón. Ray Robinson no hubiera conseguido dos títulos mundiales. Con uno se habría dado por satisfecho.

—Me habrían destrozado las manos; ya sabes cuál fue siempre mi afición.

—Sí, convertirte en el mejor técnico. ¿Por qué me has gritado

por teléfono? ¿Con quién me confundiste?

—No tiene importancia, John.

Norma se alejó, alegando tener algo en el fuego, que no quería que se estropease. Ya había cumplido los treinta y dos años; aunque distaba bastante de ser bella, poseía una gran simpatía y Pat la quería como si fuese una hermana. John era su único pariente y siempre se llevaron muy bien.

John se quedó inmóvil; sus ojos estaban fijos en el rostro de su primo. Su mirada profesional acababa de darse cuenta de los golpes recibidos la noche anterior, pese a no ser muy visibles.

—¿Qué es eso, Pat? ¿Quién te ha golpeado?

—Nada se trata de una pequeña pelea.

—Compadezco a tu contrincante. Debiste darle su merecido, quedaría fuera de combate.

Y con entusiasmo golpeó con un puño en la palma de la otra mano.

Pat sonrió al escuchar las palabras de su primo. Movié la cabeza afirmativamente; de esta forma trataba de cambiar de conversación. No lo consiguió, pues John inquirió:

—Ahora lo comprendo; cuando te llame esta mañana creías que era tu adversario, ¿verdad?

—¡Cállate, John! No hagas más preguntas.

El tono del joven llamó la atención del ex boxeador. Puso una mano sobre la espalda de su primo.

—Me ocultas algo, muchacho. ¿Desde cuándo no tienes confianza en mí? Nunca hubiera creído nada parecido.

—No es eso, John. No tiene importancia lo ocurrido, es una simple discusión.

—Te conozco muy bien. No acostumbras a alterarte, tus nervios son de acero. Debe haber sido algo muy serio. Deseo ayudarte.

Pat se quedó inmóvil. Sus ojos estaban fijos en los de su primo. Ambos se miraban con fijeza. Pat sonrió.

—Has ganado, John. Voy a explicarte lo ocurrido anoche y te sorprenderás.

—¿Quieres decir? Estoy acostumbrado a las cosas más extraordinarias.

—Pues esto te sorprenderá.

—Veremos, veremos. Nos pondremos cómodos y te escucharé.

Norma aún tiene trabajo en la cocina.

—Es preferible que ella no se entere.

Los movimientos de John Merrill se hicieron rápidos. Mientras su primo se sentaba en una butaca, preparó dos aperitivos. Se dejó caer frente a él y alzó su vaso.

—Porque tu relato sea emocionante, Pat.

El joven no pudo contener una sonrisa; su primo iba a satisfacer sobradamente su deseo. Bebieron y Pat empezó a hablar.

John le escuchaba sonriendo, pero cuando el joven dijo que había sido amenazado con una pistola para que subiera al coche, su sonrisa desapareció. Cuando llegó a la parte de la entrada a la fábrica abandonada, John ya no sonreía. Cuando hizo su aparición la misteriosa figura del señor Smith, su cuerpo se puso rígido.

Ni una sola vez interrumpió a su primo, estando pendiente de sus labios. Las incidencias de la lucha, se iba reflejando en su rostro y sus puños se movían nerviosamente, como si se dispusieran a golpear.

—Esto es lo ocurrido, John. Esta mañana el señor Smith me llamó por teléfono, haciéndome la misma proposición. Le mandé al infierno, colgando el auricular.

—Y entonces fue cuando llamé yo y me respondiste airado. Lo comprendo perfectamente.

—Después, volvió a llamarme y me amenazó con matarme si le denunció a la policía.

—Es un mal bicho.

—Lo es. Y muy audaz e inteligente; por eso no creo que insista en desear mi colaboración.

—Opino lo contrario. Tú eres un gran técnico y te necesita. Ahora sus hombres te esperan; se sentirá muy defraudado si no acudes a la cita.

—¡Bah, olvídate de eso! Es asunto terminado.

—No lo creo. Si ese individuo trata de querer hacerte daño, me tendrás a tu lado. Entre los dos acabaremos con ese hatajo de bandidos.

—No será necesario. Ese señor Smith tratará de buscar otro medio para tener su botín en las manos, sin ningún obstáculo.

Supongo que lo ocurrido no te habrá sorprendido lo más mínimo.

—Nunca hubiera sospechado nada parecido. Da la impresión de ser una novela policíaca, estoy emocionado. Dispararon dos veces contra ti.

—En Corea lo hicieron más veces y con armas más mortíferas.

—Es muy distinto, ahora esos balazos iban dirigidos a ti.

—¿Y en Corea no? —inquirió Pat burlón.

—Sí, pero es muy diferente. Allí...

Se interrumpió, pues oyó los pasos de su esposa. Bajó la voz.

—Es preferible que Norma no se entere.

—Te lo dije antes.

Norma apareció y amonestó a su marido.

—Ni siquiera has preparado la mesa. Tienes un primo muy listo, no me ayuda en nada. Cuando llega se pone cómodo y escucha música o lee el periódico.

—¿Tú haces eso, John? Nunca te hubiese creído capaz de semejante conducta.

—Ella me ha acostumbrado así. Se opone a que la ayude, las cosas de la casa son para las mujeres.

—Si es así, te has mostrado injusta, Norma.

—Ya lo sé, pero me gusta hacer irritar a John.

—¿Estás viendo, Pat? No se te ocurra casarte, te verás oprimido con yugo insoportable.

—No digas esas cosas, querido. Pat ya es bastante reacio para casarse, y debe hacerlo. ¿Cuándo lo harás?

—Cuando encuentre a una mujer tan encantadora como tú. Te advierto que no es empresa fácil.

—No digas eso. Hay muchas mujeres bonitas y buenas.

Pat puso una cara de resignación y Norma le señaló con el dedo.

—No te muestres tan indiferente; cuando menos lo esperes te verás en la iglesia.

—Es posible.

—No te burles. John también decía lo mismo y ya ves.

—Te encontró a ti.

—Yo nunca he sido muy bonita.

—La belleza es secundaria, Norma. Nunca me he fijado en ese detalle.

—¡Embustero! Una noche John y yo te vimos con una rubia muy

llamativa.

—Es muy distinto.

La cena transcurrió alegremente. Cuando Pat miró su reloj, exclamó:

—Ya son las once. Ha pasado el tiempo sin darnos cuenta. John debe acostarse.

—Por mí no te preocupes.

El joven se levantó, despidiéndose.

—No tardes tanto en venir. Tu visita siempre nos alegra.

—Lo sé, si no no vendría.

John le acompañó hasta la puerta, apelando a una treta para alejar a su esposa. Estrechó con fuerza la mano de su primo.

—Si ese señor Smith sigue molestándote, dímelo. Siempre estaré a tu lado, yo no temo a esos pistoleros.

—Gracias, John. No será necesario, esos bandidos ya no se meterán conmigo.

—¡Hum, todo es posible! —exclamó dubitativo—. Suerte, Pat.

CAPÍTULO III

El joven salió a la calle sonriendo. Las palabras de su primo se le antojaban ridículas. Nunca le hubiese creído tan pusilánime. Su ofrecimiento fue hecho con sinceridad, no vacilando en ponerse a su lado y luchar contra los pistoleros del señor Smith.

Vio su coche y se dirigió a él. De pronto se detuvo, viendo a un hombre sentado ante el volante. Aquello solo podía tener una explicación; le estaban esperando los pistoleros para conducirle de nuevo a presencia de su jefe.

Se enfureció y reanudó la marcha hacia su coche; cogería a aquel individuo y lo arrojaría violentamente a la acera, alejándose.

Dos hombres se le acercaban, con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta, posiblemente apretando las culatas de sus pistolas.

Era una locura tratar de luchar contra ellos. Apretando los dientes se desvió, renunciando a recuperar su coche. La policía se encargaría de ello al día siguiente. Se limitaría a formular la denuncia.

Un pistolero surgió a su lado.

—¡Quieto, Merrill! Si intenta escapar, dispararé.

El individuo parecía muy convencido de haberle intimidado, pues se puso a escasa distancia del joven. Se creía el dueño de la situación.

Pat actuó con relampagueante rapidez. Su derecha alcanzó la barbilla del pistolero y éste cayó de espalda. Su coche se puso en marcha, tratando de cortarle la huida.

Por fortuna para Pat, conocía muy bien el terreno, internándose en una callejuela próxima.

No se detuvo un solo instante, corriendo a toda la velocidad de

sus piernas. Los pistoleros podían salir frente a él y cortarle la huida. Aquellos bandidos estaban dispuestos a disparar contra él.

Tan pronto salió a una céntrica calle, vio su coche, que se aproximaba veloz. Su reacción fue inmediata, pues no tenía tiempo de reflexionar. Junto a la acera había un coche aparcado; llegó hasta él y abrió la portezuela. Ésta cedió sin dificultad, Pat se dejó caer en el asiento y lo puso en marcha.

Arrancó precipitadamente, deseando escapar de aquel asedio siniestro. Aquellos pistoleros deseaban apoderarse a todo trance de él; incluso dispararían, aunque procurando no herirle. Su vida era muy preciosa para su jefe.

El dueño de aquel coche se llevaría una desagradable sorpresa cuando no lo encontrase. Acababa de cometer un robo, pero las circunstancias le obligaron a hacerlo. Su vida dependía de la vertiginosidad de aquella carrera. Si caía en poder de sus perseguidores, su situación se convertiría en angustiosa.

El señor Smith le obligaría a abrir la caja fuerte; después, ordenaría su muerte, siendo su cadáver arrojado al mar. De esta forma quedarían borradas todas las huellas de sus crímenes.

Ahora ya tenía la seguridad de que no eran falsas las amenazas del misterioso forajido. Éste estaba dispuesto a apoderarse de él, poniendo en acción sus poderosos medios.

Corría a bastante velocidad, siendo seguido a distancia por los pistoleros. Dos coches le perseguían, el suyo y otro, aunque no aceleraban en demasía, con el fin de no atraer la atención de algún agente de tráfico.

Esto contrarió a Pat. Si los pistoleros se hubiesen lanzado como furias contra él, no habría titubeado en lanzarse a mayor velocidad, atrayendo la atención de los policías. Sus perseguidores serían detenidos, debiendo responder a sus acusaciones.

Éstos comprendieron su intención, limitándose a mantenerse a distancia. Esperaban la oportunidad de caer sobre él y reducirle a la impotencia.

Pat apretó los dientes con rabia, mientras sus dedos estaban aferrados al volante. Miraba ante sí, tratando de hallar un medio de escapar del terrible asedio.

Le dieron tentaciones de dirigirse a la comisaría más próxima, pero la idea de verse ante el rostro socarrón del inspector Kirby u

otro colega parecido le desalentaron. El policía le atendería con fingido interés, terminando con darle una palmada en la espalda y recomendarle cuidado.

No sería creído, encontrándose de nuevo en la misma situación. Debía contener al señor Smith y sus pistoleros con sus propios medios. Escapar de aquella persecución sólo significaba un ligero respiro, pues enseguida le tenderían otra celada para capturarle, aunque más premeditada, para impedir su huida.

No supo cómo, pero no tardó en encontrarse en las afueras de la ciudad. Esto no le convenía, pues los pistoleros al hallarse en plena carretera podrían actuar con mayor impunidad.

Trató de desviarse, volviendo al centro de San Francisco, pero los dos coches maniobraron hábilmente, obligándole a seguir hacia delante.

Aumentó la velocidad, pues de no hacerlo se exponía a quedar entre los dos automóviles, viéndose obligado a acelerar. Y no tardó en verse en una carrera frenética. El menor descuido podía precipitarle a la cuneta, significando una muerte cierta.

De pronto uno de los coches de sus perseguidores se le aproximó, ganándole terreno sin cesar. Su motor era más rápido y todo intento de competir sería vano. El otro le seguía, cortándole la retirada. Comprendió su intención: cogerle entre dos fuegos y obligarle a detenerse.

Con los labios apretados siguió corriendo, en un desesperado intento de no dejarse alcanzar. Pero el coche se le aproximó implacable.

Estaba perdido. Esta idea martilleaba su cerebro, exasperándole. No deseaba caer en las redes de sus perseguidores, pues no tardaría en ser reducido a la impotencia.

El coche llegó a ponerse al mismo nivel. Un pistolero asomó la cabeza por la ventanilla, enseñándole una pistola. Pat volvió la cara, viéndole sonreír de forma siniestra.

—¡Es inútil, Merrill! —gritó el forajido—. No tiene escapatoria, deténgase.

La contestación del joven fue audaz y sorprendente. Con veloz movimiento desvió su coche hacia el otro, y éste casi se vio obligado a salir de la cuneta. Por fortuna, el conductor era hábil y logró superar la maniobra de Pat.

—Podemos matarle, Merrill —volvió a gritar el pistolero ampliando su sonrisa.

Poco antes había lanzado una horrenda imprecación, despavorido por la acción del joven. Ahora, recobrado de la impresión recibida, volvía a considerarse dueño de la situación.

—Ya pueden disparar —replicó Pat con calma.

—Otra jugarreta como ésa y lo haremos.

Las palabras apenas eran escuchadas, pero ambos interlocutores comprendieron perfectamente su significado.

El potente coche aumentó la velocidad, rebasando a Pat. El joven comprendió su intención; se adelantarían unos veinte metros, cruzándose en la carretera. De intentar seguir adelante, dispararían.

Le fue cogiendo distancia, comprendiendo Pat que no se había equivocado en su suposición. No tendría más remedio que detenerse y no ofrecer resistencia. Sus enemigos le golpearían antes de reducirle a la obediencia, sobre todo si entre ellos se encontraban Murphy y su compañero.

Aquellos dos individuos le aborrecían, no perdonándole los golpes recibidos. Aprovecharían la ocasión para maltratarle alevosamente y sus compañeros no lo evitarían. Al contrario, se les unirían para pegarle. Se trataba de unos desalmados.

No le quedaba salida alguna, aunque todavía podía intentar seguir la huida. Detendría el coche y saldría a la carretera, corriendo a campo traviesa. Se trataba de una posibilidad remota, pero debía aprovecharla.

Los faros del coche iluminaron una carretera de tercer orden, no titubeando en internarse en ella en rápida maniobra. Sorprendió a sus enemigos, pues su coche no se detuvo hasta haber rebasado la carretera, mejor dicho, un camino vecinal.

Los forajidos trataron de llamar la atención del otro coche, pues éste continuaba hacia delante veloz. Perdieron unos minutos preciosos en retroceder y reanudar la persecución, habiendo ganado Pat bastante terreno de ventaja.

No obstante, el joven no se forjó excesivas ilusiones. La situación continuaba siendo la misma; se trataba de un simple respiro.

En aquel terreno la velocidad no podía ser igual, pues ello equivalía a estrellarse. Esto favorecía a Pat; las posibilidades de no ser alcanzado aumentaban.

Pero un nuevo enigma surgía ante él. ¿Adónde conducía aquella carretera?

Si ésta terminaba bruscamente, debería abandonar el coche y correr desaforadamente. Los pistoleros no titubearían en disparar, apuntando a sus miembros inferiores. Su vida, mente y brazos eran muy valiosos para el señor Smith, el resto de su cuerpo carecía de importancia.

El sudor cubría su frente, los dientes apretados. Sus nervios estaban en tensión, dispuesto a luchar hasta el último momento. Resultaba sorprendente continuar empuñando el volante, huyendo sin cesar.

Por el momento no corría peligro de ser alcanzado, pues el primer coche perseguidor todavía estaba distante. Pat pensó en aquellas dos noches, no pudiendo menos de sonreír con ironía. La anterior fue ajetreada, pero ésta prometía serlo infinitamente más.

Sus perseguidores no estaban dispuestos a abandonar la presa. En esta ocasión se hallaban prevenidos contra él, teniendo la seguridad de su peligrosidad. La persecución lo demostró sin lugar a duda, pues cuando creían tenerle en su poder, logró escapar.

Lanzó una maldición contra el señor Smith y sus secuaces. Sólo deseaba una cosa: poder tener al alcance de sus puños al misterioso delincuente.

Si esto, llegaba a ocurrir, aquel hombre se arrepentiría de haber concebido la idea de utilizarle como instrumento para la realización de sus planes.

En cuanto lo dejase, nadie sería capaz de reconocerle, habiendo desahogado su indignación. Aunque su vida quedase truncada por un certero disparo, su enemigo quedaría en poder de la justicia. Todos sus esfuerzos estarían encaminados a este fin.

Se estremeció y su mano maniobró con rapidez. En el depósito había poca gasolina, no habiendo contado con este contratiempo. Masculló una imprecación, censurándose por haberse apoderado de aquel coche, propiedad de un individuo tan poco previsor. El depósito debería estar lleno.

Sonrió ante sus injustificados improperios contra el propietario del coche y contra sí mismo. A él no le quedó opción alguna para escoger un coche, y menos tiempo para cerciorarse de estar preparado para realizar una loca y larga carrera.

Se encontraba en campo abierto y decidió salir del coche y continuar la huida a pie. Quizá fuese lo más conveniente, pues de seguir hacia delante, la carretera terminaría bruscamente o desembocaría en una carretera de primer orden.

De ocurrir lo primero, se encontraría en la misma situación, con el inconveniente de estar preparados los pistoleros para correr tras él. En cuanto a lo segundo, el coche de los pistoleros se le adelantaría, realizando la operación de poco antes, frustrada de forma tan providencial.

Detuvo el coche, mientras abría la portezuela, echando a correr apresuradamente. Ni siquiera se preocupó de cerrar la portezuela, pues todo su afán estaba dedicado a evitar ser enfocado por los faros del coche perseguidor. Y lo consiguió.

La oscuridad de la noche no era muy intensa, permitiéndole distinguir algunos árboles y abundante maleza. Se detuvo, oyendo el chirriar de los frenos de los coches. Los pistoleros descendieron llegando hasta él sus maldiciones y juramentos.

Sonrió ante el desconcierto de aquellos hombres, pues ignoraban el lugar por donde él huyó. Los faros de un coche iluminaron el camino y las linternas trataban de descubrir las huellas dejadas por él y perseguirle.

—Se le terminó la gasolina —aclaró un forajido.

—Lo suponía —respondió una voz autoritaria—. No debe escapar, si no disparar contra él. Procurad no matarle, es muy importante.

—Ha debido ir por aquí —indicó otro.

—No, no. Ha sido por este lugar —el pistolero señalaba unos arbustos—; aquí están sus huellas; son recientes.

Pat le hubiera lanzado una piedra, pues aquel individuo no se equivocaba al señalar aquel lugar. No podía entretenerse; sus enemigos ya corrían.

Corrió hacia el interior. De vez en cuando resbalaba, debido a sus zapatos, poco adecuados para andar por el bosque. Se consoló al pensar que sus enemigos se hallaban en las mismas condiciones. Ellos también resbalarían. Por lo menos contaba con la ventaja de ir por donde se le antojase, mientras los pistoleros debían procurar localizarle, cosa harto difícil.

Por eso sus mayores esfuerzos estaban dedicados a no hacer

ruido, aminorando la velocidad de su carrera. La astucia le proporcionaría mayores ventajas. Esto le permitiría mantener energía y burlar a sus perseguidores.

Pese a no correr tan desaforadamente, evitando los resbalones, Pat oía el ruido producido por los pistoleros más distante, desviándose a su izquierda. La esperanza empezó a renacer en él.

De pronto se le ocurrió la idea de regresar a la carretera y tratar de apoderarse de su coche e inutilizar el otro, evitando definitivamente otro peligro de una nueva persecución. El factor sorpresa estaría a su favor.

Pero no lo hizo. Si situación había mejorado considerablemente, debiendo aprovecharla. Si intentaba aquel golpe audaz, quizá lograrse salir airoso. Si esto ocurría, habría ganado la batalla en toda la línea. Sin embargo, los pistoleros eran hombres habituados a aquellos lances y no serían tan ingenuos como para dejar los coches abandonados.

Uno o dos estarían vigilando y en cuanto apareciese se apresurarían a disparar. Sería muy probable que fuese alcanzado por un balazo y no deseaba correr aquel riesgo.

—¿Dónde estará ese maldito? —masculló un pistolero.

La distancia ya era mucha, aunque estas palabras llegaron con claridad hasta Pat.

—Cállate, nadie debe hablar y no separaros. Haced el menor ruido posible, será la única forma de acorralarle.

Una burlona sonrisa entreabrió los labios de Pat. Por lo menos cuatro hombres le perseguían; por mucho sigilo con que avanzasen, siempre harían ruido y éste le pondría sobre aviso.

Ya no se preocupó de sus enemigos y anduvo hacia delante. El tiempo perdió toda noción para él. Seguía encontrándose en el monte, aunque éste no era muy escabroso. Las piernas empezaron a dolerle, notando un molesto hormigueo. Esto le extrañó, pues siempre se consideró como un consumado atleta capaz de resistir las más penosas situaciones.

Achacó la causa a sus zapatos y la alta tensión a que estuvieron sometidos sus nervios.

Se detuvo y escuchó atentamente. No oyó nada, teniendo la certeza de que estaban sus enemigos muy distantes, completamente despistados. Debía descansar, lo necesitaba.

Afortunadamente, la noche no era fría; soplaba una ligera brisa y ésta era suave. Reconoció el lugar donde se encontraba; muy cerca distinguió un árbol. Se sentó, apoyando la espalda en el tronco, adoptando la postura más cómoda.

Se puso un cigarro en los labios y lo encendió, teniendo la precaución de ocultar la llama del encendedor. Aunque no podía ser probable, sus enemigos podrían distinguirla, siendo atraídos por ella y sorprenderle.

Fumó, saboreando el aroma del tabaco. Le hizo bien, acabando de calmar sus nervios.

No se movió. Sin darse cuenta había adoptado la decisión de no moverse, esperando la aparición del nuevo día y poder orientarse. De tener suerte, el regreso a San Francisco carecería de dificultad.

Los pistoleros, al adquirir la seguridad de haber fracasado, habiendo perdido las huellas del fugitivo, habrían montado en su coche emprendiendo el regreso a la ciudad.

Estuvo pendiente de cuanto ocurría a su alrededor y no oyó el ruido característico de los motores al ponerse en marcha. Esto le intranquilizaba, aunque también podía ser posible a haber puesto mucha distancia entre él y el lugar donde quedaron los coches.

Con los ojos cerrados estuvo dormitando, presto a despertar al menor rumor sospechoso. Esto le ayudó a pasar la noche con más rapidez. Cuando apuntó el alba, se despezó. Una ligera claridad apareció en el cielo; poco a poco fue aumentando, en dura pugna para hacer desaparecer la oscuridad de la noche. Y esto pareció ocurrir de improviso, siendo completamente de día.

Erguido, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón, Pat levantó la cabeza y aspiró el aire con avidez. Durante unos segundos permaneció inmóvil, maravillado del espectáculo que tenía ante sí.

Quedó extasiado ante la claridad del nuevo día. Ante él se extendía una corta extensión de terreno, pues éste quedaba limitado por árboles y arbustos. La visión alcanzaba a unos pocos metros.

Se arrimó al árbol de súbito, como si el encanto que le rodeaba se hubiese roto. Ahora trataba de ocultarse, evitando ser descubierto por sus enemigos.

Atento al menor ruido, continuó en aquella posición varios minutos. No oyó nada, decidiendo moverse. Lo hizo con cautela,

procurando no precipitar sus movimientos. De hacerlo, quizá le llevase a aparecer en el lugar donde le esperaban sus enemigos. Su imaginación le indujo a crear esta escena.

Él salía a un pequeño claro, viendo surgir a los pistoleros encañonándole con sus armas, mientras prorrumpían en carcajadas. Se burlarían de su ingenuidad, pues tras haberle hecho pasar una noche infernal, él mismo se colocaba en su poder. Después, le golpearían con saña hasta dejarle tendido en el suelo, siendo una compensación por los esfuerzos realizados para atraparlo.

Esto no llegaría a ocurrir si estaba en su poder evitarlo.

CAPÍTULO IV

Pat Merrill se deslizaba por el monte, sin saber dónde se encontraba ni adonde se dirigía. De una cosa estaba seguro: se alejaba del lugar donde estaban los coches de los forajidos.

Los árboles empezaron a escasear, sospechando el joven que se hallaba llegando a una carretera o a un simple camino. Lo deseaba, pues siguiéndolo no tardaría en llegar a un lugar habitado. Allí le indicarían la forma más rápida de regresar a San Francisco.

Llevaba encima bastante dinero, no debiendo preocuparse por nada. Acabó de hacer un descubrimiento: tenía hambre.

Acostumbraba a desayunar en cuanto salía de su casa, siempre con excelente apetito. Ahora éste aumentaba considerablemente, pues el ejercicio realizado había sido mucho.

Se entretendría el tiempo justo para comer algo y no desfallecer. Después, siguiendo las indicaciones recibidas, regresaría a San Francisco; pero no a su domicilio, pues de hacerlo, él mismo se colocaría en una situación análoga a la del día anterior. Los hombres del señor Smith le seguirían los pasos, aprovechando una ocasión oportuna para caer, sobre él.

Conocía una pensión y pasaría el resto del día en ella, dejando pasar el tiempo. Cuando oscureciese saldría a la calle, con un fin determinado: ir a la comisaría.

Se entrevistaría con el inspector Kirby, explicándole lo ocurrido, pidiéndole ayuda para librarse de aquel terrible asedio. Si el inspector Kirby le escuchaba con burlona sonrisa, le cogería las solapas de su chaqueta y le zarandearía, para hacerle comprender que no bromeaba y que su relato no era producto de su calenturienta imaginación.

No estaba dispuesto a continuar como una fiera acosada,

cayendo en las redes tendidas por sus enemigos. La desaparición de su coche y la denuncia del sustraído por él haría comprender al inspector Kirby que cuanto le estaba diciendo era cierto.

Tenía una buena amistad con el inspector, pues en varias ocasiones coincidieron en los mismos sitios. Kirby se interesaba por su profesión, haciéndole varias preguntas.

No se equivocaba, pues no tardó en ver una carretera, probablemente la misma donde se vio obligado a dejar el coche sustraído. Siguió por ella, aunque muy próximo a la cuneta, para internarse en el monte tan pronto advirtiese la menor señal de peligro o el rumor de un coche.

Anduvo a buen paso, deseando llegar a alguna casa. El sol no tardó en aparecer, empezando a notar el calor. Se quitó la chaqueta y se la echó sobre el hombro, sujetándole con una mano. Ahora la confianza empezaba a apoderarse de él, como si el sol también hubiese echado a un lado las tinieblas.

Miró su reloj; todavía faltaban algunos minutos para las seis. En el campo la gente se levantaba temprano, no molestando a nadie con su presencia.

Y vio la casa.

Apenas le separaban trescientos metros de ella. Ahora creía aumentar su ansiedad por llegar a ella, como si temiese verla desaparecer, como producto de un espejismo.

La casa no era excesivamente grande, aunque sí de aspecto agradable. Sí, debía tratarse de una quinta. Le hubiese gustado más hallarse cerca de una casa de campo, pues se hubiese ahorrado dar explicaciones, limitándose a pagar su desayuno.

Apenas le separaban cien metros cuando vio salir un coche. Aquélla era la oportunidad deseada por él y decidió aprovecharla.

Echó a correr, mientras gritaba y agitaba la mano. El coche se había detenido y por la ventanilla apareció una cabeza, rodeada de cabellos rubios. El rostro era atractivo, pero Pat Merrill no llegó a fijarse en estos detalles. Ante él sólo veía un coche y le estaba esperando.

La joven vio a un hombre con la ropa arrugada, la chaqueta echada sobre un hombro y los cabellos despeinados. Su rostro expresaba una gran curiosidad por la sorprendente aparición del desconocido.

—¿Qué desea usted?

—Buenos días, señorita. He sufrido un accidente y no sé dónde me encuentro. Toda la noche la he pasado andando. ¿Puede decirme si está muy lejos San Francisco?

—No, tan sólo unos diez kilómetros.

—¿Sólo diez kilómetros? —exclamó Pat sorprendido.

Se le antojaba imposible haber recorrido solamente aquella distancia. Hubiera afirmado que se había alejado treinta o cuarenta kilómetros de la ciudad.

—¿Le parecen pocos?

—Es probable —respondió Pat sonriendo, tratando de causar buena impresión a su interlocutora—. ¿Va usted a la ciudad?

—Sí.

—¿Tiene inconveniente en llevarme en su coche?

—No, puede subir.

Y abrió la portezuela. Pat dio la vuelta al coche, dispuesto a subir. En aquel momento oyó un grito, obligándole a volver la cabeza. La joven también lo hizo y ambos vieron a dos hombres. A pesar de la distancia que les separaba, se podía distinguir en la mano de uno de aquellos individuos una pistola.

—Está allí, no se debe escapar.

Pat contrajo el rostro en una mueca de disgusto. Cuando ya creía encontrarse en completa seguridad, pudiendo regresar a la ciudad tranquilamente, sus enemigos le descubrían.

Con rapidez se metió dentro del coche, cerrando la portezuela. La joven le miró.

—¿Qué significa esto? ¿Le persiguen esos hombres?

—Arranque —respondió lacónico.

—No quiero —se negó la muchacha—. Su aspecto no me gusta.

—El de esos hombres menos, se lo aseguro —dijo Pat con dureza—. Usted tampoco me gusta y me conformo con ir a su lado.

—Es usted un grosero.

—Arranque o la estrangulo, se lo prometo.

—¿Sería usted capaz?

—Va a comprobarlo.

Y la mano de Pat rodeó un cuello esbelto y delicado y, aun en contra de su voluntad, apretó. La muchacha intentó revolverse, pero la otra mano del joven la sujetó por el talle. Su contacto le aturdió:

era turgente y subyugador. Por vez primera se dio cuenta de la belleza de la muchacha, pues su rostro se encontraba a escasa distancia del suyo.

Los cabellos rubios eran suaves y le rozaban la mejilla. Sus rasgados y azules ojos estaban desmesuradamente abiertos, su boca firme y bien formada se hallaba entreabierta, mostrando su perfecta y blanca dentadura. Respiraba agitadamente, sorprendida por la inesperada agresión.

No obstante, Pat siguió apretando, como tratando de demostrar que no estaba amenazando en vano. De una ojeada vio a los dos pistoleros; todavía estaban muy distantes, aunque corrían, tratando de ponerse a tiro y disparar. Esto lo adivinó por la actitud de sus enemigos.

—¿Va a obedecerme, señorita?

—Sí.

La soltó, mientras ordenaba:

—No pierda tiempo.

La muchacha maniobró hábilmente, pese al temblor de sus manos. Pat no pudo menos de mirar sus esbeltas piernas; la falda, durante el breve forcejeo habíase levantado, mostrando el principio de sus muslos. Ella advirtió su mirada, apresurándose a cubrirse, mientras apretaba los labios con desdén.

Pat se reclinó contra el respaldo, asintiendo a los movimientos de la joven. El coche arrancó y la aguja no tardó en señalar los sesenta por hora, yendo en aumento.

—No es necesario que corra más, señorita.

La mirada de ella se posó en él, asombrada.

—¿No quiere huir?

—Sí, pero solo. Usted descenderá al doblar este recodo.

—No bajaré —repuso la muchacha moviendo la cabeza con firmeza—. Una cosa es llevarle a San Francisco en contra de mi voluntad y otra dejarme arrebatar mi coche.

—No se lo robo, tan sólo me lo llevo prestado. Lo dejaré en una de las más importantes calles de la ciudad. Usted denuncie a la policía la desaparición de su coche y ésta no tardará en hallarlo.

—Eso es robarlo.

—No, es muy distinto. Se lo he explicado. ¿No me ha entendido?

—No.

—Deténgase.

La muchacha pareció no oírle, continuando apretando el acelerador. Pat le cogió el brazo y apretó.

—Me está haciendo daño.

—Lo sé y no vacilaré en rompérselo si no me obedece.

—¡Es usted un bruto!

Pat no era capaz de continuar apretando, sólo trató de asustar a la joven, igual que cuando fingió estrangularla. Respiró aliviado al verla obedecer. De no haber sido así, no habría podido continuar fingiendo ser un tipo duro. Él jamás sería capaz de golpear a una mujer.

Los ojos azules estaban clavados en él. Lo examinaba detalladamente. Vio a un hombre joven y atractivo, sus rasgos eran firmes y decididos, pero incapaz de cometer una mala acción, pese a su descuidado aspecto y sus cabellos negros en desorden.

—¿Sería capaz de hacerme daño? —inquirió de pronto.

Pat parpadeó sorprendido. Ya estaba convencido de haberla asustado y ahora resultaba lo contrario, pues su interlocutora aparecía serena.

—No. Sólo he tratado de asustarla. Necesito su coche, se lo devolveré, procurando que no le ocurra nada.

De no ser así, los gastos correrán de mi cuenta, se lo prometo.

—Necesito estar en San Francisco cuanto antes.

—Tome un autobús, ya llegará.

Ella sacudió la cabeza con decisión.

—La parada está muy lejos.

—La dejaré en ella.

—No, iré en mi coche. Usted no me lo arrebatará.

Las cejas de Pat se enarcaron, no pudiendo contener una imprecación. Las azules pupilas le miraron con firmeza y expresión reprobadora.

—Está usted delante de una señorita.

—Muy testaruda, endiabladamente testaruda. No he dicho nada inconveniente y menos al encontrarme en esta situación.

—La culpa no es, mía.

—Lo sé, mi encantadora señorita —respondió el joven con ironía—. La culpa no es suya, yo me he introducido en su coche y la estoy obligando a salir de él. Ésta es la realidad y debe ceñirse a ella. La

hago bajar por su propio bien.

—¿Esos hombres quieren matarle?

—No es ésa precisamente su intención, pero están dispuestos a disparar. Lamentaría fuese alcanzada por un balazo.

—Por mí no se preocupe.

Y la joven volvió a arrancar. Pat hizo ademán de protestar, pero no lo hizo, limitándose a encogerse de hombros.

—Usted lo ha decidido. No soy responsable de cuanto ocurra. Conduzca con la mayor rapidez posible, aunque sin llamar la atención de los agentes de tráfico.

—¿Se da cuenta? Me sería muy fácil hacerlo y le detendrían.

—No sería mala decisión, siendo lo más conveniente.

La muchacha le miró sorprendida, pues no demostró el menor temor por ser detenido por la policía. Esto afirmó su creencia de que no se trataba de un vulgar delincuente.

Pat se reprochó haber pronunciado estas palabras. De ninguna forma le convenía efectuar aquella maniobra. El agente no le detendría por haber obligado a la joven a llevarle en el coche, debido a tener su documentación en regla. Todo lo más se limitaría a extender una denuncia, obligándole a descender del auto.

No creería su relato, indicándole la conveniencia de continuar hacia la ciudad por sus propios medios. Se encontraría en la carretera a merced de sus enemigos.

—¿Continúo? —preguntó la joven.

—Usted gana, siga.

Los firmes y bien trazados labios de la joven esbozaron una sonrisa de triunfo. Pat lo advirtió, teniendo la certeza de que no tardaría en arrepentirse. Cuando los pistoleros hicieran su aparición, haciéndoles objeto de una tenaz persecución, el semblante de la muchacha cambiaría, dejando expresar el temor.

Se dejó caer sobre el respaldo y sus ojos se cerraron. Sentíase fatigado; a pesar de haber dormitado aquélla, noche, distó mucho de haber descansado. Siempre estuvo atento a cuanto ocurría en las proximidades.

Los azules ojos le examinaron a placer, sin temor a ser sorprendida. Ahora sus facciones no tenían la menor aspereza, confirmando su impresión de que no era un malhechor. La ropa, a pesar de estar arrugada y en desorden, era de buena calidad, así

como sus zapatos. Le hubiese gustado examinar su cartera, conocer su identidad.

Aunque la sujetó por el cuello y la cintura sin ningún miramiento, no sintió temor alguno. No le creyó capaz de cumplir su siniestra amenaza.

El aspecto de los dos individuos aparecidos en la carretera tras ellos era muy distinta. Pese a la distancia que les separaba, creyó observar en sus movimientos la intención de disparar contra ellos. Eran forajidos.

Una instintiva simpatía se apoderó de ella hacia el desconocido, pese a haber sorprendido su furtiva mirada sobre sus desnudas piernas. Le disculpaba, debido a la anormal situación surgida entre ellos.

Pat se irguió en el asiento y miró hacia delante.

—¿Aún no hemos llegado a la carretera principal?

—Falta poco.

—Bien. Siga conduciendo, pero aumente la marcha. ¿No da más de sí este cacharro?

—No. Lo compré usado, señor. ¿Acaso me cree millonaria?

—Perdone. Me estoy portando con mucha brusquedad con usted, pero se debe a las circunstancias.

—¿Se encuentra muy fatigado?

—Sí. He pasado una noche muy ajetreada.

—Me hago cargo y le disculpo.

—Gracias. ¿Cómo se llama?

—Judith.

—Bonito nombre, señorita. ¿Qué le induce a ir a San Francisco tan temprano?

—A trabajar, soy profesora.

—¿Profesora? Tan joven, nunca lo hubiese creído.

Y Pat se echó a reír. Ella le observó con la naricilla arrugada por la indignación.

—No soy tan joven —replicó irguiendo la cabeza—. Ya he cumplido los veintidós años y llevo dos meses ocupando ese empleo.

—Perdone. Tenía formada una idea muy distinta de una profesora.

Judith se limitó a mirarle con desdén. Después, dedicó toda la

atención al volante, pues la carretera principal ya estaba ante ella. El tráfico no era excesivo, pero no podía entretenerse.

Con frecuencia les adelantaban los coches. Cada vez que ocurría esto, un malhumorado comentario brotaba de los labios de Pat, siendo el más frecuente:

—¡Maldito cacharro!

—Ya estoy harta de oírle. Si no le gusta mi coche, puedo dejarlo en la cuneta. Puede encontrar otro más veloz.

—Siga adelante, Judith. No me haga caso.

—Es usted insoportable.

—Ya lo sé, haga el favor de guardarse sus comentarios. Bastante desgracia he tenido con encontrar este cacharro y ser su propietaria una profesora.

—No le he obligado a subir, debe acordarse de sus amenazas.

—Lo sé, lo sé. Siga conduciendo y déjeme en paz.

—¡Grosero!

El la miró. Su mal humor se desvaneció, sintiéndose avergonzado. Su conducta resultaba inicua, jamás hubiese creído portarse de aquella forma. Todo se debía a tener los nervios excitados.

Les pasó otro coche. Pat movió la cabeza y miró hacia atrás, Esto lo hacía con frecuencia, para cerciorarse de si eran perseguidos. Sus ojos quedaron fijos en un automóvil negro, aún a bastante distancia. Creyó reconocerlo: era el coche de los pistoleros.

—Pare y déjeme conducir a mí —ordenó.

—No es posible correr a mayor velocidad.

—Obedézcame.

Judith no se atrevió a insistir y obedeció. Pat abrió la portezuela y saltó a la carretera, dando la vuelta al coche. Se exponía a que ella reanudase la marcha, dejándole a merced de sus enemigos. No lo ignoraba, pero su acción fue hecha sin la menor vacilación, confiando por completo en ella.

No quedó defraudado, pues la muchacha no hizo movimiento alguno para tratar de escapar, siéndole fácil conseguirlo. Pat se colocó frente al volante y arrancó, pues Judith había se apresurado a retirarse.

Ella no le engañó, no pudiendo aumentar la velocidad. Pero ahora se encontraba más tranquilo, pudiendo maniobrar a su antojo

durante la nueva persecución.

Miró hacia atrás; el coche negro se encontraba más cerca, cerciorándose de no haberse equivocado. Eran sus perseguidores.

—Ya lo tenemos aquí —musitó como si hablase consigo mismo.

—¿Son esos hombres?

—Sí. La situación ha empeorado, lo lamento por usted.

—No se preocupe, ahora ya no hay remedio.

Esta contestación dolió al joven. Ahora comprendía cuál era la situación de ella, siendo él el causante. Trató de evitarlo al obligarla a descender del automóvil, no teniendo suficientes energías para insistir.

—Le agradezco que no se haya marchado, Judith.

—No acostumbro a cometer traiciones —respondió la muchacha con altivez.

—No se trataba de ninguna traición, la he obligado a seguirme.

No oyó la contestación de Judith, pues toda su atención estaba concentrada en la carretera. En vano trataba de buscar una solución a su apurada situación.

Vio otra carretera y, sin vacilar, se internó por ella. Judith le tocó en el brazo.

—Esa carretera no va a San Francisco.

—Es indiferente. La cuestión es burlar a esos hombres.

Pero se equivocaba; el coche perseguidor se hallaba más cerca, ganando terreno sin cesar. No podría escapar, no tardando en ser amenazado por las pistolas de los forajidos.

Dobló un recodo, paró y, abriendo la portezuela, saltó, mientras exclamaba:

—¡Siga, Judith!

Ella obedeció, comprendiendo su intención. La colocaría como cebo. Sus perseguidores continuarían tras ella, alejándose de aquellos lugares. Cuando le dieran alcance, se darían cuenta del engaño, siéndoles muy difícil volver a encontrarle.

Era una acción muy hábil, pero poco recomendable para ella. Si aquellos hombres eran unos asesinos, quizá desahogasen en ella su furor al verse burlados. Se mordió los labios, decepcionada por el comportamiento del apuesto desconocido.

Pero la intención de Je Pat no era ésta. Durante unos segundos su mirada recorrió el terreno, hasta detenerse en una gruesa piedra.

Corrió hasta ella y la cogió. Ya era tiempo, pues el automóvil de los pistoleros doblaba el recodo.

Tomando impulso arrojó la piedra. El impacto fue certero, astillando el cristal. El conductor, desconcertado y atemorizado ante el inesperado proyectil, volvió la cabeza, perdiendo el dominio del volante.

Desesperadamente trató de dominarlo, aunque no pudo evitar salir de la carretera. Unos centímetros más y el coche se hubiera precipitado por un pequeño terraplén. De haber ocurrido esto, habría quedado libre de sus perseguidores.

CAPÍTULO V

Echó a correr, decidido a internarse en pleno campo. Otra vez sería perseguido, pues los pistoleros mostraban un gran empeño en no dejarle escapar.

Quedó perplejo, viendo cómo el automóvil de Judith retrocedía y se detenía. La joven saltó a la carretera y agitó los brazos, mientras gritaba:

—¡Venga! ¡Le estoy esperando!

—¡Diablo de muchacha! —masculló malhumorado y, alzando la voz, ordenó—: ¡Váyase!

Pero la joven no cesaba de agitar los brazos.

—Corra.

Dos pistoleros habían descendido del coche y disparaban contra él. Su movilidad evitó que los proyectiles fueran eficaces y más al estar dirigidos contra sus piernas. Las órdenes del señor Smith fueron concretas y sus hombres no intentaban desobedecerlas, a pesar de haberles gustado destrozarle la cabeza.

Llegó al coche y subió a él. Judith se apresuró a ponerlo en marcha, aumentando la distancia entre ellos y los pistoleros.

—¿Por qué no ha continuado hacia delante?

—No podía dejarle a merced de esos bandidos.

—¿Cómo sabe que son bandidos?

—Usted lo ha dicho varias veces.

—Puedo haberla engañado y ser yo el bandido.

—No lo creo. Además, les he visto disparar.

—Era lo más lógico, por poco los mato.

—Su conducta ha sido admirable.

—No diga tonterías. No comprende cuál es la situación, continuará la persecución y nos alcanzarán. Se trataba de la única

oportunidad de haber escapado y la ha desaprovechado lamentablemente.

—No estoy arrepentida, usted ha tratado de protegerme. Le hubiera sido muy fácil desaparecer y hacerme servir de cebo para engañarles.

—Habría sido una acción ruin, no soy capaz de cometer semejante cosa.

—¿Está usted viendo? —respondió Judith sonriendo—. Estamos en paz.

Él la contempló con admiración. Se trataba de una muchacha admirable, que no demostraba tener miedo. Se pasó las manos por los cabellos, en un vano intento de ponerlos en orden.

—Siga adelante, sea lo que Dios quiera.

Miró hacia atrás. Vio cómo el conductor hacía grandes esfuerzos para poner el automóvil en condiciones de emprender la persecución. Apenas podía ya distinguirlo, pero tenía la certeza de no tardar en tenerlo cerca.

No se equivocó. Judith conducía a la mayor velocidad posible, pero el motor del coche perseguidor volvió a oírse, ganándoles terreno sin cesar.

Oyó un disparo.

Volvió la cabeza y vio a un pistolero asomado a la ventanilla. Tenía el brazo fuera y su mano sostenía una pistola. Comprendió su intención: apuntaba a las ruedas; de esta forma destrozaría un neumático, obligándoles a detenerse.

—Están disparando, Judith. ¿Se da cuenta de su error?

—No me haga más recriminaciones. No puede existir peor profesor, jamás debe formular una recriminación, sino prevenir.

—No lo tome a broma, el peligro existe y es muy real.

La joven conducía con firmeza, procurando no asustarse, pues sonó otra detonación. Pat apretó los dientes, sorprendiendo que se encontraban en un callejón sin salida. Ahora ya no temía por él, sino por aquella valiente muchacha.

—Detenga el coche, Judith. Ya encontraré la forma de salir de este atolladero. Usted continúe.

No pareció haber sido oído, pues la muchacha continuó en la misma actitud. La tocó en el brazo.

—¿Me ha oído, Judith? Detenga el coche.

—No lo haré.

—No se obstine. Usted es ajena a esta cuestión.

—Eso debió haberlo pensado antes —replicó ella con sarcasmo.

—Sí, lo sé. Pero creí haber encontrado la forma de escapar de esos hombres.

Dos: disparos más. El coche hizo un extraño movimiento y Judith se apresuró a detenerlo. Con desaliento dijo:

—Nos han alcanzado.

Pat abrió una portezuela y miró hacia atrás. El automóvil se detenía a unos diez metros. Dos pistoleros descendían, empuñando negras pistolas.

—Corra, aún tiene tiempo de escapar —animó Judith.

Pero él no podía hacer aquello, dejando abandonada a la muchacha, a merced de aquellos criminales. Además, los dos pistoleros ya se encontraban a escasa distancia, sonriendo de forma siniestra, ante la seguridad de que no podía escapárseles la presa.

—Ya se ha terminado dar vueltas y más vueltas, Merrill. Supongo que se habrá divertido bastante.

El joven se mordió los labios. Debería someterse a las exigencias de aquellos individuos. La situación había cambiado considerablemente, pues ahora el señor Smith habría decidido matarle, una vez hubiesen cumplido su orden.

Se volvió y dijo:

—Siga su viaje, señorita Judith.

La joven asintió con un movimiento de cabeza. Iría en busca de un agente motorizado y le referiría lo ocurrido. Quizá tendría tiempo de rescatar a su hasta entonces forzado acompañante.

—¡Quieta, preciosidad! —exclamó un pistolero con dura entonación.

Pat se encaró con él.

—Ya me tienen, ella nada tiene que ver con este asunto.

—¿No? Me di perfecta cuenta de cómo le esperaba. No creo salga muy bien librada. Bueno, seré condescendiente. Ya puede marcharse.

Los dos jóvenes comprendieron inmediatamente su burla. Ambos se olvidaron de la rueda destrozada. En aquellas condiciones la muchacha no podía disponer de su automóvil.

El pistolero soltó una carcajada.

—¿Se dan cuenta? Ahora ya no tenemos más remedio que hacernos cargo de la señorita. ¿No opina lo mismo, Merrill?

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Pat, mientras contenía un arrebato de ira. El aspecto innoble de aquellos individuos le crispaba los nervios.

—Entre en el coche, Merrill. No se le ocurra cometer otra tontería, no le valdría de nada.

Hizo un movimiento para obedecer, cuando vio a uno de los pistoleros inclinarse dentro del coche. Su mano trataba de acariciar el rostro de Judith.

No se pudo contener. Su mano izquierda asió el hombro del pistolero, obligándole a volverse con violencia. Su derecha le golpeó en la barbilla, derribándole al suelo. Sus labios habían mascullado:

—Canalla.

Al mismo tiempo notó un terrible dolor en la cabeza, las piernas se le doblaron y cuanto había a su alrededor pareció estallar. La tierra pareció ir a su encuentro, mientras un grito de terror resonaba en sus oídos.

El grito había sido lanzado por Judith, al verle caer al golpearle el pistolero con la culata del arma.

La joven permanecía inmóvil, con el horror reflejado en su rostro, los ojos fijos en el cuerpo inerte de Pat. Reaccionó y salió del coche, arrojándose sobre el pistolero, cuando éste se disponía a propinar un violento puntapié al indefenso joven.

El forajido se revolvió, propinándole un violento empujón.

—Estése quieta. Después nos cuidaremos de usted.

Parecía dispuesto a continuar castigando a Pat, sin tener en cuenta su estado.

—Glick, no olvides las recomendaciones del señor Smith. Quiere a Merrill en las mejores condiciones posibles. Ésas fueron sus palabras.

Bruce Glick se pasó una mano por su anguloso semblante, mientras sus claras pupilas brillaban de odio.

—No me importa cuanto haya dicho el señor Smith.

Este maldito nos ha hecho correr mucho y debe pagarlo.

—Ya tendrás tiempo de hacerlo, amigo. Lo mejor es regresar cuanto antes. Prefiero seguir las indicaciones del señor Smith, siempre han sido beneficiosas.

Judith miraba a los dos hombres aturdida, como si tratase de descifrar el significado de sus palabras. Pero no lograba entender nada, cuanto ocurría a su alrededor era un misterio para ella.

Mientras tanto, el tercer pistolero se incorporaba, frotándose su lastimada mandíbula. Su mirada se posó rencorosa en el cuerpo del hombre que le había derribado.

—Ya has obtenido tu merecido, pero esto todavía no se ha acabado para ti.

Con un gesto Glick atrajo su atención.

—Ayúdame a meter a este sujeto en el coche. Tú —ahora se dirigía al conductor—, vigila a la chica, no debe escaparse.

—No pierdas cuidado. Tampoco podría ir muy lejos.

Los dos pistoleros cogieron el cuerpo inerte de Pat y, con grandes esfuerzos, lo llevaron hasta el coche, dejándole contra el respaldo. Glick fue hasta donde estaba Judith, la muchacha retrocedió un paso.

—No me toque, asesino.

El rostro del pistolero se contrajo en un gesto de furia.

—Como vuelva a insultarme, lo lamentaré. Después, hablaremos más despacio, preciosidad. Ahora nos iremos de aquí.

Dio una pequeña vuelta, obligando a la muchacha a retroceder. Judith no tardó en encontrarse junto al coche perseguidor. Sin recibir ninguna orden subió a él. Con un pañuelo limpió el rostro del joven, mientras un sollozo brotaba de su garganta.

—Lo han matado.

Glick registró con rapidez el coche de Judith, sin encontrar nada interesante. Regresó al automóvil y ordenó al conductor:

—Ya podemos regresar, misión cumplida.

Se colocó al lado de la muchacha, siguiendo empuñando la pistola. Su compañero habíase puesto al lado del conductor. Judith apenas se dio cuenta de nada, toda su atención estaba puesta en Pat. Ya estaba tranquilizada, pues la respiración del joven era casi normal.

—Ni un movimiento, encanto —amenazó Glick—. Si no me obedece, lo lamentaré. Mataré a los dos, no lo digo en broma.

Judith estaba convencida de ello, el aspecto de aquellos hombres lo indicaba con harta elocuencia.

Regresaban a San Francisco. Judith no tardó en darse cuenta de

ello, pues conocía sobradamente la carretera. Pat continuaba sin conocimiento: el golpe recibido fue en extremo contundente.

Llegaron a la ciudad. La muchacha decidió observar el camino recorrido; de esta forma podría averiguar el lugar adonde se dirigían.

Su propósito fue frustrado por Glick. Éste parecía haber adivinado su pensamiento.

—Tiéndase en el fondo del coche —ordenó con insolencia—, ya me cuidaré yo de Merrill.

Trató de oponerse, pero en la mirada del pistolero notó su amenazadora decisión. Obedeció, adoptando una incómoda posición, lo más lejos posible de Glick.

Fueron unos minutos penosos, pareciéndole éstos una eternidad. Sin embargo, apenas llegaron a cinco minutos. El coche se detuvo ante una casa de humilde apariencia. Sólo tenía dos plantas y la calle estaba poco transitada.

Glick se agachó y acarició con torpeza las piernas de la muchacha. Judith se incorporó con violencia y escupió en el rostro del forajido. Éste lanzó una imprecación y golpeó a Judith en las mejillas.

—No vuelva a hacer esto, encanto. Lo lamentaría.

Y se limpió con los dedos, mientras sonreía de forma maligna. Judith miró hacia la calle, que se hallaba completamente solitaria, no habiendo posibilidad alguna de recibir ayuda. Debía someterse a aquellos bandidos. Con un gesto, Glick le ordenó que descendiera y obedeció. Ahora se encontraba completamente asustada.

El pistolero descendió tras ella y la agarró del brazo.

—No trate de atraer la atención, sería inútil. Éste es un barrio muy tranquilo, casi todo son almacenes.

Asintió con la cabeza, por su mente no llegó a cruzar la idea de desobedecer a Glick. Hacerlo significaría nuevas molestias, sin mejorar aquella terrible situación.

Glick abrió la puerta de una tienda. Ésta tenía un aspecto lúgubre, como si estuviese deshabitada. Notó un estremecimiento tan pronto cruzó el umbral. Casi la rodeaba la oscuridad, distinguiendo los objetos de forma confusa, lo suficiente para no tropezar con ellos.

El pistolero abrió una puerta, mientras la sujetaba por el brazo.

Judith no trató de oponer resistencia cuando él la empujó hacia el interior de la estancia.

—Ahora se quedará aquí, preciosidad. Ya hablaremos, y despacio. Es inútil intente gritar, nadie la oirá.

Y cerró la puerta tras sí, dejándola sola. La muchacha miró a su alrededor aturdida. La claridad era escasa y entraba por una ventana, situada en lo alto de la pared, siendo muy difícil llegar hasta ella, pues aunque lo consiguiese, no habría obtenido ninguna ventaja, ya que era pequeña y estrecha. Imposible intentar salir por ella.

Dos sillas viejas y desvencijadas eran su único mobiliario. Judith trató de resistir, pero no le fue posible, sintiéndose dominada por la angustia.

Se dejó caer sobre una silla, y ésta chirrió lastimosamente, amenazando con desvencijarse. Ni siquiera lo advirtió, prorrumpiendo en sollozos.

Su situación podía considerarse desesperada, se encontraba en poder de unos desalmados, los cuales no titubearían en descargar sus malos instintos sobre ella. Recordaba las sensuales miradas que Glick le dirigía y sus groseros movimientos al tocarle las piernas.

Nada bueno podía esperar de ellos, sintiéndose dominada por el desaliento. Se resistía a ser ultrajada y menos por semejantes forajidos. Intentaría oponerse, quizás al forcejear con ellos pudiese apoderarse de una pistola. Si lo conseguía, no vacilaría en disparar.

Parte de su abatimiento se debía al recordar a su forzado acompañante. Parecía verle todavía, completamente inanimado, a merced de sus encarnizados enemigos.

No habría salvación para el joven, siendo muy probable fuese la muerte el fin de aquella aventura para él. ¿Qué relación habría entre Merrill y aquellos pistoleros? Esta pregunta la asaltó de repente. No pudo contestarse, pues existía una gran diferencia entre el aspecto del joven y sus enemigos.

Merrill daba la sensación de nobleza y buena educación, pese a haberse portado con ella con excesiva violencia. Pero se debió al afán de amedrentarla y obligarla a arrancar, huyendo de sus perseguidores. Todo quedó demostrado al permitirle continuar en el coche y, sobre todo, cuando no huyó, dejándola a merced de los pistoleros. Esto ya demostraba su caballerosidad y alto sentido del

honor.

En cambio los forajidos no necesitaban estudio alguno para conocer sus sentimientos. Eran delincuentes habituales, prestos a cometer cualquier crimen con tal de obtener un puñado de dólares.

Siguió sollozando, siendo su cuerpo sacudido por continuos estremecimientos. Todo ocurrió tan de improviso que no tuvo tiempo de reaccionar, debido a lo ajetreado de la persecución.

Le parecía increíble que se encontrase en semejante situación. Ella salió de su casa tranquilamente, dispuesta a ir a San Francisco y desarrollar su acostumbrada labor. Se despidió de su padre, sin sospechar fuese la última vez.

Esto podía ocurrir. Aquellos forajidos eran capaces de matarla, desembarazándose después de su cadáver. De esta forma se librarían de una acusación y un molesto testigo. Era lo más probable.

Sus lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Su pobre padre quedaría sumido en la desesperación, al tener la seguridad de haberle ocurrido algo grave. Lo lamentaba por él, pues era muy bueno y la quería mucho.

Con un brusco movimiento se limpió las lágrimas. No debía dejarse abatir por el dolor. Con ello no ganaba nada, al contrario, quedaría debilitada, sin poder oponer resistencia a los acontecimientos, quedando a merced de los forajidos.

Aquella soledad y absoluto silencio que la rodeaba contribuía a deprimirla. A su alrededor sólo había suciedad. Aquella habitación no conocía la limpieza desde hacía mucho tiempo, años quizá.

Su pensamiento volvió hacia Merrill. ¿Quién era y por qué se encontraba en aquella situación? Estas preguntas martilleaban su cerebro sin cesar, no hallando contestación alguna.

De pronto se llevó una mano a la boca, mientras sus ojos se abrían desmesuradamente. ¿Se había enamorado de aquel hombre?

No podía ser. Se trataba de un desconocido para ella, ignorando hasta su nombre. Sólo conocía su apellido, por haber sido pronunciado por Glick. Cuanto concernía al joven era un completo misterio para ella. Se trataba de algo absurdo..., aunque posible.

Se sorprendió al llegar a esta conclusión. Recordaba la forma como latió su corazón, invadiéndole la alegría al verle enfrentarse audazmente con sus enemigos, en lugar de huir y dejarla a merced

de ellos. Su dolor al verle caer al ser golpeado en la cabeza por Glick. Su ternura al limpiarle el rostro, tras su consuelo al comprobar que sólo estaba desfallecido.

Y ahora sentíase dominada por una febril ansiedad por encontrarse a su lado y aliviar sus sufrimientos. Ya no le recordaba como el hombre fuerte y arrogante, pese a su desaseado aspecto, que la obligó a arrancar el coche, apretándole la garganta, sino como a un ser indefenso, víctima de unos bandidos.

CAPÍTULO VI

Pat abrió los ojos y sacudió la cabeza, tratando de librarse del agua que caía sobre su cara. Oyó una brutal carcajada y una voz comentó con regocijo.

—Ya recobra el conocimiento. Se trata del mejor procedimiento.

Apenas distinguió nada y cerró los párpados. La cabeza le dolía de una forma horrible y se llevó una mano a ella, tropezando con un bulto de regular tamaño.

Lo recordó todo y se mordió la lengua para no dejar escapar un gemido. De hacerlo, tenía la seguridad de arrancar una carcajada a los pistoleros.

Un pie se estrelló contra su costado, aunque sin excesiva violencia. La odiosa voz de Glick llegó hasta él.

—¿Cómo se encuentra, Merrill?

Abrió los ojos y se incorporó sobre un codo, mirando a su alrededor con curiosidad. Se encontraba en un dormitorio, amueblado con desoladora pobreza. El camastro era de hierro y sólo tenía un colchón, una almohada y una manta. Junto a la pared un viejo armario. Nada más, exceptuando la presencia de los tres pistoleros.

Éstos no habían tenido la delicadeza de echarle sobre el camastro, dejándole caer sobre el sucio suelo. La estancia no tenía ventana, siendo iluminada por una bombilla.

Recordó a Judith casi en el acto, notando un nudo en la garganta, y éste le produjo una extraña angustia. Él era culpable de su desventurada situación.

—¿Se ha vuelto mudo, Merrill? —volvió a preguntar Glick con sarcasmo.

—No, no me he vuelto mudo. Me duele la cabeza.

—Lo supongo. Le aticé un buen golpe. Ahora aprenderá a no escuchar los buenos consejos.

—¿Y la muchacha? —inquirió a su vez.

Con un esfuerzo logró ponerse en pie.

Glick le miró, sonriendo maliciosamente.

—No se preocupe por ella, se encuentra a buen recaudo. No le haremos ningún daño. ¡Es tan bonita!

—Canalla.

Y el joven intentó abalanzarse sobre Glick, enfurecido por el tono empleado por éste. El pistolero se le anticipó y le dio un empujón. Pat retrocedió hasta caer sentado sobre el camastro. Glick llegó hasta él y le propinó una bofetada.

—Debe aprender a no insultar, amigo.

Los dedos de Pat se aferraron con fuerza al borde del camastro, hasta quedar sus nudillos blancos. Comprendió cuál era la situación no conviniéndole enfurecerse y menos entablar una lucha abierta. Se encontraba muy débil y cualquier golpe le derribaría. Debía apelar a la astucia para intentar adquirir una ventaja.

—No lo haré más —musitó con dificultad.

Le costó un inmenso trabajo pronunciar aquellas palabras, reconociendo su inferioridad. Glick soltó una carcajada.

—Ya lo habéis oído, muchachos. Ya trata de ser razonable.

El joven no le contestó, pues comprendió la inutilidad de hacerlo.

—Nos ha costado mucho trabajo darle alcance, pero lo hemos conseguido. Es muy difícil burlarse de nosotros, Merrill. Debió darse cuenta enseguida, no ha sido muy inteligente. De haber aceptado la oferta del jefe se habría ahorrado muchas molestias.

—Tiene usted razón —asintió el joven sin mirarle.

Deseaba quedarse solo, verse libre de la odiosa presencia de aquellos hombres. Pero Glick y sus compañeros parecían no tener prisa en marcharse. Se encontraban alrededor de su presa, observándola con evidente satisfacción.

Finjiendo una total indiferencia, se tendió sobre el camastro. Notó un vivo dolor al apoyar la cabeza en la almohada, pero éste cesó casi inmediatamente. Un inmenso alivio se extendió por todo su cuerpo y estiró las piernas.

—¿Se encuentra mejor ahora, Merrill? —preguntó Glick,

mientras le sacudió con suavidad.

—Sí.

—Tendrá tiempo para descansar. Ahora le daré un consejo: esta noche le visitará el señor Smith. Debe ser razonable y acceder a cuanto le diga; si no lo hace, lo lamentará. Se habrá dado cuenta de que no amenazamos en vano.

—Me he dado cuenta.

—Sea buen chico.

Ahora se limitó a mover la cabeza, como dando su conformidad. Sus ojos estaban cerrados. Glick le observó; continuaba sonriendo. Hizo un gesto y salió de la habitación. Sus compañeros le siguieron.

Tan pronto oyó cerrar la puerta, Pat se incorporó. Hizo un movimiento y sus pies tocaron el suelo. Sintióse mareado, todo a su alrededor se movía, incluso las paredes y el techo. Se frotó la cabeza con suavidad, mientras respiraba entrecortadamente.

Se puso en pie y dio algunos pasos. Poco a poco fue sintiendo más seguridad en sí mismo. Examinó las paredes; eran macizas. Llegó hasta el armario y lo abrió. Estaba completamente vacío, estando visiblemente deteriorado, probablemente por las ratas.

Andando con cautela llegó hasta la puerta, comprobando que estaba sólidamente cerrada. Una gran depresión se apoderó de él. Regresó al camastro y se sentó, quitándose los zapatos. Hizo un gesto de alivio.

La chaqueta estaba a su lado, habiéndola dejado uno de los pistoleros. Buscó el paquete de cigarrillos y no lo encontró, así como su encendedor. Se lo habían quitado. Tampoco estaba su cartera y el llavero. Aquellos miserables le despojaron de cuanto tenía.

Ni siquiera le quedaba el consuelo de fumar.

Los minutos transcurrieron con exasperante lentitud. Trató inútilmente de dormir, pero el sueño huía constantemente de sus párpados. La angustia le oprimía, sobre todo por causa de Judith. La suerte de la muchacha le torturaba, considerándose culpable.

Oyó abrirse la puerta y no se movió. Dos pistoleros entraron y uno de ellos dejó una bandeja sobre el camastro.

—Le he traído algo para comer, Merrill.

—Gracias.

Se incorporó. Hasta había olvidado del hambre. A la vista del

bocadillo de queso y una botella de leche, notó el vacío de su estómago.

Le convenía comer, pues recobraría parte de sus pérdidas energías. Vio cómo el otro pistolero le encañonaba, no pudiendo menos de esbozar una sonrisa. Aquellos hombres le temían, ahora tenían la certeza de que era un hombre peligroso. Ni al verle en aquella apurada situación descuidaban sus precauciones.

Los dos individuos salieron de la estancia, quedando otra vez solo. Se sentó y empezó a comer. Se trataba de un buen pedazo de pan, partido por medio y con mucho queso. Encontró éste muy sabroso y comió con avidez. La botella estaba abierta, bebiendo de vez en cuando un trago.

Al terminar dejó escapar un suspiro. Ahora necesitaba un cigarro. Dejó la bandeja en el suelo y se tendió, con las manos bajo la cabeza. Había perdido la noción del tiempo, ignorando si ya habría anochecido.

Lo deseaba ardientemente, pues recibiría la visita del señor Smith. Al parecer sus propios hombres desconocían la identidad de éste, presentándose cuando la oscuridad fuese su aliada.

Se vería obligado a acceder a las pretensiones del misterioso personaje y abriría la caja fuerte. Nadie podría reprochárselo, pues la vida y seguridad de Judith responderían de su obediencia. Si sólo hubiese estado en juego su vida, quizá continuaría negándose.

De nuevo entraron los dos forajidos.

—¿Ya ha comido?

—Sí, estaba muy bueno. ¿Puede darme un cigarro?

El pistolero titubeó y miró a su compañero. Éste se encogió de hombros.

—Haz lo que quieras.

Esto le hizo decidirse. Extrajo un cigarro y lo alargó a Pat. El joven lo colocó en sus labios y lo encendió en el encendedor del pistolero. Exhaló una bocanada de humo y dijo:

—Se lo agradezco mucho, amigo.

Ahora la situación ya no se le aparecía tan siniestra, pese a no haber cambiado en nada. Se encontraba entre aquellas cuatro paredes, sin posibilidad alguna de escaparse.

Pero ahora se sentía más fuerte, viéndose capaz de lanzarse a una nueva lucha. Haber recobrado parte de sus energías le hacía

sentirse más optimista.

Incluso, al pasar un rato, saltó del camastro y paseó por la reducida estancia, desentumeciendo sus miembros. Estando haciendo estos ejercicios, cuando oyó pasos al otro lado de la puerta, apresurándose a colocarse en el camastro. No le convenía mostrarse animoso, esto haría aumentar las precauciones de sus enemigos.

Se abrió la puerta y entraron Glick y dos pistoleros. En silencio se colocaron muy cerca de él. La atención del joven estaba puesta en la puerta, donde distinguió una oscura figura. Ahora podía verla con mayor claridad que en la fábrica abandonada.

Le pareció un individuo de alta estatura. Se cubría con una vieja gabardina, pasada de moda, y un sombrero negro de ancha ala le impedía distinguir su rostro, aunque hubiese jurado que estaba este tapado con una bufanda. Aquellas prendas eran impropias para aquel mes, pues todavía hacía calor.

Se trataba de un discreto disfraz. ¡Cuánto habría dado poder saltar sobre aquel hombre y poner su rostro al descubierto! Sin embargo, debía continuar inmóvil, pues al menor gesto sospechoso los pistoleros caerían sobre él, golpeándole con saña. Hasta podía ser posible que disparasen contra él, reduciéndole a la impotencia de una forma definitiva.

—Buenas noches, Merrill —saludó la voz metálica.

—No puedo decir lo mismo, señor Smith —respondió Pat con amarga ironía.

Oyó una risa seca, cortante.

—Usted ha tenido la culpa. Se lo he advertido en varias ocasiones y me ha causado muchas molestias. Esto no volverá, a ocurrir, se lo aseguro.

Pat no respondió, esperando a que su misterioso interlocutor continuase hablando.

—¿Está dispuesto a obedecerme, Merrill?

—Sí.

—Me alegro de verle tan razonable.

—Exijo una condición para ello —dijo el joven.

—No se encuentra en situación de exigir. ¿No se da cuenta?

—Como usted quiera. Si no acepta mi condición, no abriré esa caja.

Hubo un silencio. Pat se tranquilizó, pues comprendió que había impresionado al misterioso personaje con su firmeza.

—¿Cuál es su condición, Merrill?

—Debe poner en libertad a la muchacha que me acompañaba. Ella es inocente de cuanto ha ocurrido; la obligué a ayudarme.

—No es eso lo que tengo entendido. Esa joven le ayudó por propia voluntad.

—Eso fue después. La situación es la misma; si usted no la deja libre, no abriré la caja fuerte.

—Quedará en libertad.

—Exijo garantías de ello.

—¿No cree en mi palabra?

—No.

—Es usted muy insolente, Merrill. Esto puede costarle muy caro, no lo olvide.

—Continúo en la misma posición, señor Smith.

—Bien. Usted presenciara cómo Judith Sherer sale de la casa.

Pat meneó la cabeza.

—No me crea tan crédulo, señor mío. Eso no es ninguna garantía, sus hombres pueden estar al acecho y caer sobre ella. Conozco sus procedimientos y son hábiles.

—¿Cómo puedo convencerle de mi sinceridad?

—Lo he pensado detenidamente. Media hora después de haberse marchado llamaré a la comisaría, preguntaré por el comisario Kirby y después hablaré con Judith.

—No estoy conforme con esa proposición —respondió la voz metálica.

—Pues no intentaré abrir la caja fuerte.

—La abrirá, Merrill. Su vida está en juego.

—No me importa morir, desde anoche ya me he resignado.

—Como quiera, no puedo contrariar su deseo. Morirá.

Pat quedó inmóvil, con la mirada fija en el misterioso señor Smith. No había estallado la explosión esperada. El jefe de aquella cuadrilla de forajidos parecía aceptar tranquilo su decisión.

La siniestra figura se apartó, entrando en la estancia la corpulenta humanidad de Murphy. El pistolero sonreía ampliamente, mientras en sus pupilas aparecía el odio.

—Otra vez nos vemos, Merrill.

—¿Cómo se encuentra, Murphy? —inquirió el joven sonriendo.

—Yo, muy bien. Usted no tanto.

—Es cierto. Me veo obligado a reconocerlo.

—Pronto se encontrará peor —asintió Murphy con tono sarcástico.

Y lanzó con rápido movimiento su derecha. Pat, alcanzado en pleno rostro, cayó sobre el camastro, sintiéndose aturdido. En forma alguna podía responder a la agresión, pues los compañeros de Murphy caerían sobre él, siendo golpeado con saña.

—Esto sólo es el principio, Merrill. Si continúa viviendo, esta noche no se le olvidará nunca.

Su mano izquierda aferró la camisa del joven y le obligó a incorporarse. Su puño derecho amenazaba con volver a caer sobre su cara. Pat actuó veloz; sus pies golpearon el pecho del corpulento pistolero, haciéndole retroceder hasta tropezar con la pared.

Glick y los dos forajidos hicieron intención de saltar sobre Pat, pero el joven lo hizo hacia atrás, poniendo el lecho entre ellos. Pat alzó las manos hasta la altura de los hombros, con las palmas extendidas hacia delante.

—Señor Smith, prefiero continuar hablando con usted.

Un rugido le respondió. Murphy, con el rostro encendido por el furor, se disponía a lanzarse sobre él.

La voz metálica le contuvo.

—¡Quieto, Murphy! Continuaré hablando con Merrill.

—Se está burlando de nosotros. Los golpes le enseñarán a obedecer. No volverá a engañarme.

—Quizá sí, es más listo que tú.

Murphy masculló una imprecación, pero ya no se atrevió a insistir, la actitud inflexible de su jefe se impuso.

—Eso está mejor, señor Smith —dijo Pat saltando al otro lado del lecho.

Se sentó, poniéndose los zapatos.

—¿Qué está haciendo?

—Poniéndome los zapatos, el suelo está muy frío.

—Cuando usted haya abierto la caja, será puesto en libertad, Judith Sherer también. Pero no le entregaré un solo centavo.

Pat se encogió de hombros.

—No me importa. No quiero dinero, de tomarlo me convertiría

en su cómplice. Jamás seré un delincuente.

—Respeto su opinión, Merrill.

—Deje en libertad a Judith. Esa muchacha ignora la verdad, no le he dicho una sola palabra. Tan sólo la obligué a conducir su coche a la mayor velocidad posible.

—Después; se trata de un arma contra usted. No quiero perder esa ventaja. No tengo nada contra Judith Sherer.

—Está bien, no tengo más remedio que someterme.

—Así es. Usted ignora mi identidad; aunque relate a la policía lo ocurrido, ésta continuará desorientada. No soy un hombre sanguinario, pero no vacilaría en matar con tal de conseguir mi propósito.

—Abriré la caja, pero necesito comer, pues me encuentro débil. Para una tarea difícil es preciso encontrarse en buenas condiciones físicas.

—Le han dado de comer —replicó el señor Smith.

—Sí, un pedazo de pan y queso, acompañado de una botella de leche. Desde anoche no había probado bocado y el ejercicio ha sido muy intenso.

—Le servirán una excelente cena. No tendrá queja.

El señor Smith iba a marcharse cuando Pat hizo un rápido ademán.

—Un momento, señor Smith. Tengo otro deseo: ver a Judith.

—¿Para qué?

—Para cerciorarme que se encuentra bien; si no es así, romperé nuestro acuerdo.

—Es usted muy desconfiado.

—Sí, no lo puedo remediar.

—Bien, ahora la verá. Glick, ponte a su lado y si intenta escapar puedes disparar contra él. Procura no matarle, pero si lo matas... ya buscaremos a otro capaz de abrir la caja.

—Voy conociendo las artimañas de Merrill y no me dejaré sorprender.

El corazón latía con fuerza en el pecho de Pat cuando se detuvieron ante la puerta. Un pistolero la abrió y encendió una lámpara. Vio a Judith sentada en una vieja silla. Su aspecto denotaba un cansancio infinito.

La muchacha parpadeó sorprendida. Iba a continuar inmóvil,

cuando reconoció a Pat. Dejó escapar un grito de alegría y se levantó impulsiva, yendo a arrojarle en sus brazos.

El joven la estrechó con fuerza contra su pecho, mientras sus labios se posaban con ternura en sus cabellos. Durante unos segundos permanecieron en silencio, dichosos con sentirse el uno cerca del otro. Instintivamente, sin la menor meditación, ambos jóvenes se declaraban su amor.

—¿Continúa usted vivo?

—Sí, Judith. No tardará en verse libre.

—¿Y usted?

—También. Este señor se muestra muy generoso. ¿Cómo lo ha pasado? —Y la mirada de Pat recorrió la mísera y sucia habitación.

—Muy mal. Ni siquiera hay luz.

—Protesto contra esto, señor Smith. La señorita Sherer no puede continuar en estas condiciones.

—Ya lo tenía previsto. La señorita cambiará de alojamiento, no podrá quejarse.

Los dedos de la muchacha acariciaron el rostro de Pat.

—Le han golpeado estos hombres.

—Sí, pero no tiene importancia. Pronto volveremos a vernos en mejores condiciones. Confíe en mí, Judith.

—¡Basta ya! —ordenó la voz metálica—. Regrese a su habitación, Merrill.

Glick apretó el cañón de su pistola en el costado de Pat.

—Obedezca.

La reacción de Judith fue rápida y vehemente. Sus brazos rodearon el cuello de Pat y le besó en los labios. El joven permaneció inmóvil, gratamente sorprendido. Cuando se recobró, la muchacha le había soltado y se encontraba junto a la silla.

Un pistolero se apresuró a cerrar la puerta. Glick soltó una carcajada.

—Estoy enternecido por este idilio.

El joven no se pudo contener y su puño se incrustó en el estómago del alto y delgado pistolero. Éste se dobló, vencido por el dolor. Un rodillazo en pleno rostro le derribó en el suelo.

Inmediatamente se quedó inmóvil, demostrando que no quería seguir agrediendo. Su voz sonó tranquila.

—Señor Smith, no tolero burlas. Entre usted y yo hay un

acuerdo y debemos cumplirlo.

Murphy y los dos pistoleros se disponían a arrojarse sobre el joven, pero la voz autoritaria de su jefe les contuvo:

—Merrill tiene razón en esta ocasión. Ya no es nuestro prisionero sino nuestro aliado. Merece nuestro respeto.

Bruce Glick habíase levantado. Su pistola apuntaba al joven.

—Voy a matarte.

—¡Quieto, Glick!

Éste obedeció, aunque en sus ojos se advertía un ardiente deseo de cumplir su amenaza.

Pat continuó tranquilo.

CAPÍTULO VII

El señor Smith cumplió su palabra. Judith fue trasladada a otra habitación, infinitamente más confortable y limpia, y con luz eléctrica.

Ambos jóvenes fueron obsequiados con una espléndida cena, incluso una botella de excelente vino. Al parecer el forajido estaba dispuesto a cumplir su parte del acuerdo.

Pero Pat desconfiaba. La actitud de aquel misterioso personaje no le inspiraba la menor confianza. En ningún momento se fió de él, a pesar de fingirlo. No tenía otro remedio, de lo contrario habría sido brutalmente golpeado, quedando inutilizado para realizar un esfuerzo decisivo.

Todavía estaba aturdido por la inesperada conducta de Judith. Ahora estaba convencido de haberse enamorado de la muchacha, siendo correspondido. Lo demostró al besarle, sin importarle la presencia de los forajidos.

Esto aún le inducía más a obedecer las órdenes del señor Smith. Pero no confiaba en la promesa de éste, creyéndole capaz de ordenar su muerte y arrojar su cadáver al puerto. Y lo peor, hacer lo mismo con Judith, librándose de dos molestos testigos. Sobre todo a él, a quien debía aborrecer. Además, no se trataba sólo del señor Smith, sino de Glick y Murphy; ambos pistoleros le odiaban, pues fueron derribados por sus puños.

Se encontraba más fuerte. Los golpes apenas le dolían, pues tuvo cuidado de recibir el menor castigo posible. Su mirada quedó fija en la puerta. Allí se encontraba la única posibilidad de salvación, ya que no confiaba en la promesa del señor Smith. Éste carecía de escrúpulos y trataría de librarse de él y de Judith.

Se levantó, alegrándose por la falta de precaución de sus

enemigos, pues éstos debieron apagarle la luz. Al no hacerlo, le dejaban una posibilidad de actuar. Aunque debían confiar ciegamente en su completa inutilidad.

Sonrió; trataría de demostrarles lo contrario.

Llegó a la puerta y examinó la cerradura. Ésta carecía de complicaciones, siendo muy fácil de abrir para él, contando tan sólo con un objeto duro. Lo malo era que carecía de un simple clavo.

Podía probar con la hebilla de su correa. Rápidamente se quitó el cinto y empezó a maniobrar. No tardó en desistir, comprendiendo la inutilidad de forzar la cerradura, pese a su habilidad.

Se ajustó el cinto, no pudiendo menos de invadirle una sensación abrumadora de impotencia. Debería doblegarse ante el señor Smith, sin tener seguridad alguna, ni siquiera para Judith. Sus puños se crisparon con furia, mientras miraba a su alrededor.

Sus ojos quedaron fijos en el viejo armario. Su natural impulsivo le impedía resignarse a su actual situación, sin ofrecer resistencia. Quizá en el deteriorado mueble estuviese el medio de escapar. Con rápidas zancadas llegó hasta él y abrió la puerta.

Su desolado aspecto le volvió a sumirle en la desesperación. Estaba vacío por completo, mostrando las huellas dejadas por los roedores. Era como si no existiese.

De pronto respiró con fuerza, mientras sus ojos se animaban. Acababa de fijarse en un rincón de la parte de abajo. Se encontraba en muy mal estado, sobresaliendo un largo clavo.

Aquello era precisamente lo que le hacía falta. Trató de arrancarlo y no lo consiguió, no resultaba tan fácil como creyó a simple vista. Se quitó la chaqueta, arrojándola sobre el camastro, deseando la mayor libertad de movimientos posible.

Se entregó por completo a la lucha para arrancar el clavo, poniendo en acción toda la energía de sus dedos. Al mismo tiempo, debía procurar no hacer ruido, poniendo sobre aviso a los pistoleros, pues si esto ocurría y sus centinelas sospechaban la verdad, adoptarían precauciones, siendo una de éstas atarle sólidamente.

Dejó escapar una exclamación de triunfo, habiendo arrancado un pedazo de madera. Forcejeó un poco y el clavo quedó entre sus dedos. Era largo y, aunque oxidado, daba la impresión de ser fuerte y no estar excesivamente doblado.

Llegó a la puerta y escuchó con atención, por si sus movimientos y el ruido hubieran llamado la atención de los pistoleros. No oyó absolutamente nada y se tranquilizó, volviendo a maniobrar en la cerradura. El clavo tampoco resultaba una herramienta adecuada ni mucho menos, aunque era infinitamente superior a la hebilla de su cinto.

Su habilidad era mucha, comprendiendo enseguida que podría conseguir su propósito. No se entretuvo, empezando a sudar, debido principalmente a la tensión de sus nervios.

Oyó un ligero clic y empujó la puerta con suavidad. Ésta cedió; estaba abierta. Había conseguido su propósito y de nuevo podía ofrecer batalla a sus enemigos. Ya no continuaba siendo una presa indefensa.

Con un rápido movimiento se quitó los zapatos y salió de la habitación, volviendo a ajustar la puerta. Se deslizó por el pasillo, dirigiéndose a la habitación ocupada por Judith. Ante todo deseaba salvar a la muchacha. Aparte de estar enamorado, sentía un gran remordimiento por haberla puesto en aquella angustiosa situación.

La puerta de la destartada estancia estaba abierta y ésta vacía. El señor Smith había cumplido su promesa, enviando a la muchacha a otra habitación más confortable.

¿Dónde estaría Judith?

Esta pregunta resultaba muy difícil de contestar, debiendo registrar todo el edificio. La perspectiva se le ofrecía muy poco propicia para ser resuelta con éxito.

Sólo le quedaba la solución de enfrentarse con los pistoleros, sorprendiéndoles. Apretó los dientes, tomando la firme decisión de intentarlo.

Sus pies, sólo cubiertos por los calcetines, no hacían ningún ruido. Recorrió toda la planta, hallándola vacía. Todas las estancias ofrecían un aspecto similar, abundando la suciedad y el descuido. El señor Smith era partidario de utilizar fábricas o casas deshabitadas.

Descendió a la planta baja, no tardando en oír un murmullo de voces. Guiado por éstas avanzó con cautela, poniendo toda la atención en sus movimientos. Si tropezaba con algo sembraría la alarma en los pistoleros y éstos se lanzarían tras él.

Se halló junto a una habitación brillantemente iluminada, no atreviéndose a asomarse. Ahora oía con claridad sus palabras,

comprendiendo cual era la situación. Al parecer eran tres los pistoleros, estando entre éstos Murphy, pues reconoció la voz del corpulento forajido. Jugaban al póker, a juzgar por sus comentarios y las apuestas eran elevadas.

La voz de Murphy sonaba airada; debiendo estar perdiendo. Aquel individuo tenía mal carácter, no pudiendo soportar las contrariedades.

—¡Ya estoy harto de jugar! —estalló furioso—. Pierdo más de doscientos dólares.

—Continúa, puedes desquitarte.

—No tengo suerte esta noche, cogería los naipes y los destrozaría. No juego más.

—Vamos a aburrirnos, Aún faltan más de dos horas para relevamos.

—Me tenderé y trataré de dormir.

—¿Por qué no lo haces junto a esa muchacha? —inquirió un pistolero, soltando una carcajada.

—El jefe lo ha prohibido.

Pat notó una sacudida en su estómago, aunque la respuesta de Murphy le calmó bastante. La indignación le invadía.

—Es bonita la chica, ¿eh?

—Sí, lo es.

—En tu lugar me aprovecharía, no siempre se tiene a mano un bombón semejante.

Y con la lengua produjo un chasquido desagradable.

—¡Basta! Hay que obedecer las órdenes del señor Smith, es peligroso no hacerlo.

—¿Acaso le tienes miedo a Glick?

—¿Qué quieres decir? —inquirió Murphy con los dientes apretados.

—Glick desea la muchacha. Cuando Merrill haya abierto la caja fuerte se la entregará, estoy seguro de ello.

—No es cierto. Tengo tanto derecho como Glick.

—No, no. La chica será para Glick.

Un rugido de furor brotó de los labios de Murphy, sonando seguidamente un fuerte golpe. Pat no podía ver lo que estaba ocurriendo en la habitación, aunque lo suponía. Murphy, exasperado por las insinuaciones de su compañero, acababa de

golpearle. Se oyó la voz del tercer pistolero.

—No vuelvas a pegarle, Murphy. Ya tiene bastante.

—Habla demasiado, es un gusano.

—Estoy de acuerdo contigo, pero peleamos entre nosotros no conduce a nada.

—Ha insinuado que tengo miedo a Glick y eso no es cierto. Ahora lo demostraré, iré a hacer compañía a la chica y pasaremos un rato agradable.

Y soltó una carcajada.

—Yo no lo haría. El señor Smith ha ordenado dejar a esa muchacha tranquila.

—Nadie se enterará. Tú y ése no diréis nada, ella tampoco hablará, pues se lo advertiré. Es preferible que sea para mí y no para ese cerdo de Glick.

—Sólo trato de aconsejarte, Murphy. El señor Smith desea ser obedecido.

—¡Al diablo con el señor Smith! —exclamó Murphy enardecido.

Pat comprendió la firme determinación del corpulento pistolero; nada ni nadie lograría hacerle desistir. El deseo habíase apoderado de él; además de su propio orgullo, pues de volver atrás, sus compañeros le creerían un cobarde.

La situación era peligrosa, pero existía posibilidades de lograr salir airoso. Trataría de sorprender a Murphy antes de que consiguiese sus viles propósitos. Si lo lograba, sólo tendría a dos enemigos ante él. En sus manos tendría la pistola de Murphy y confiaba amedrentar a aquellos malhechores.

Se arrimó a la pared, deslizándose a la parte más oscura, no siendo visto por Murphy. Su precaución resultó excesiva, pues el pistolero salió de la habitación con furiosa decisión sin mirar a su alrededor. Pasó muy cerca de él, conteniendo la respiración para no descubrir su presencia.

Le siguió a cierta distancia. Murphy dio una vuelta al pasillo y se detuvo ante una puerta, abriéndola con violencia.

—¡Hola, palomita! —saludó con tono risueño.

Su furia había desaparecido ante la visión de la muchacha. Ésta estaba tendida en un camastro, cubriéndose con una manta. Sus rubios cabellos caían en desorden sobre sus hombros, excitando al forajido. Durante unos segundos permaneció inmóvil en el umbral,

contemplándola.

—¿Qué quiere usted? —preguntó Judith asustada.

—No tengas miedo, vamos a pasar un rato muy agradable.

—¡Fuera de aquí! Se lo diré al señor Smith.

—El señor Smith se halla de acuerdo conmigo, encanto. Yo...

No pudo continuar hablando, pues Pat se lanzó contra él, golpeándole en la nuca.

Murphy rodó por el suelo. Judith lanzó un grito de alegría y se levantó, arrojándose en los brazos del joven.

—Pat.

—No te acerques. Aún no he terminado con esta alimaña.

Así era, en efecto. Murphy no quedó abatido por el duro golpe recibido, revolviéndose con sorprendente rapidez en el suelo. No trató de levantarse, limitándose a extraer su pistola y disparar.

Pat propinó un violento empujón a la muchacha, lanzándola sobre un camastro. Al mismo tiempo saltó hacia la puerta, evitando ser alcanzado por el proyectil.

Se disponía a lanzarse contra su enemigo, pero desistió, el hacerlo equivalía a un verdadero suicidio, pues Murphy iba a volver a disparar contra él. Obedeciendo a un instintivo movimiento de seguridad salió de la estancia, mientras sonaba el segundo disparo.

—¡Voy a matarte, maldito! —rugió Murphy.

Comprendió que esta amenaza no era hecha en vano, y corrió por el pasillo. Oyó pasos por el otro extremo; los dos pistoleros acudían alarmados por los disparos, prestos a ayudar a su compañero.

La situación había cambiado por completo, quedando indefenso ante los pistoleros. Estos le perseguirían con saña, hasta reducirle de nuevo.

Su intento fue desbaratado por Judith. La impulsividad y alegría de la muchacha la indujeron a lanzarse en sus brazos, impidiéndole reducir a la impotencia a Murphy. Esto le habría sido relativamente fácil, debido a la superioridad conseguida, pues su adversario no hubiera podido disparar.

Murphy le, seguía, disparando de vez en cuando. Lo hacía por intimidarle y al mismo tiempo servía de orientación a sus compañeros. Pat no se detuvo en la segunda planta, saliendo a la escalera principal.

—¡Vigilad la puerta, no debe escaparse! —gritó Murphy.

El joven ya no intentó hacerlo, pues uno de sus enemigos se apostaría en aquel lugar para evitar su huida. Decidió continuar hacía arriba y llegar a la azotea, pudiendo escapar saltando al tejado próximo. Esta posibilidad estaba a su alcance y debía intentarlo.

Le dolía dejar a Judith en su apurada situación, pero veíase precisado a hacerlo. Si lograba salir a la calle se apresuraría a sembrar la alarma, atrayendo la atención de la policía y rescatar a la muchacha.

Murphy continuaba tras él, pugnando por darle alcance, habiendo comprendido cuál era su intención.

—No logrará escapar, Merrill. Entréguese y olvidaré este desagradable incidente.

No le hizo el menor caso, llegando hasta la puerta del tejado, la cual sólo estaba asegurada por un pasador, descorriéndolo con un simple movimiento.

Vio el cielo oscuro sobre su cabeza, con algunas pálidas estrellas. Murphy no tardaría en aparecer, dispuesto a disparar, pero ahora con la intención de alcanzarle. Corrió y se detuvo al borde del tejado, no pudiendo menos de proferir una maldición. La suerte no le acompañaba, pues el tejado inmediato se encontraba bastante más bajo, siendo una temeridad dejarse caer a él.

Con la furia de la desesperación dio media vuelta y echó a correr. Murphy acababa de aparecer en el tejado y trataba de distinguir el lugar donde se encontraba el fugitivo. Su sorpresa fue inaudita al verle, corriendo como una exhalación hacia él.

Trató de disparar, pero Pat no le dio tiempo, propinándole un terrible cabezazo en pleno rostro. El corpulento pistolero retrocedió dos pasos, pero Pat le siguió, golpeándole con furia.

Rodó por el suelo. Pat se lanzó sobre él, con la firme decisión de no dejarle reaccionar. Dejó caer el puño en la cara de Murphy y éste lanzó un gemido. Con la mano armada golpeó a su enemigo, alcanzándole en un hombro. Durante unos momentos Pat quedó aturdido por el dolor; de haber recibido el golpe en la cabeza, habría quedado fuera de combate definitivamente.

Las piernas de Murphy le propinaron un empujón, derribándole.

El joven se levantó con presteza, consiguiendo situarse junto al

pistolero cuando éste se incorporaba. Le asestó un derechazo, haciéndole retroceder tambaleándose. Le siguió implacable, golpeándole sin cesar.

Murphy quedó junto al borde del tejado, en situación deplorable. Pat estaba lanzado, viendo ante sí la barbilla indefensa de su adversario. Su puño golpeó con violencia a Murphy, produciendo un siniestro chasquido.

El pistolero fue lanzado hacia atrás, tropezando con la barandilla, pero ésta no bastó para contenerle. Sus manos se abrieron en un desesperado intento de asirse a algún sitio, no consiguiéndolo. Su cuerpo se bamboleó durante un instante, cayendo al vacío.

Pat quedó inmóvil ante la horrible caída de su enemigo. Reaccionó y se precipitó hacia donde se encontraba la pistola, cogiéndola con avidez.

Ahora ya no tenía necesidad de huir, pudiendo acudir en auxilio de Judith. Llegó a la puerta, saliendo a la escalera. Se asomó, viendo como un pistolero subía corriendo. Éste también le vio, pues en aquel momento miraba hacia arriba. Levantó la mano, dispuesto a disparar.

Pero Pat se le anticipó, estando dispuesto a todo. El proyectil fue certero, incrustándose en la cabeza del forajido el cual rodó por los escalones, muerto.

El joven descendió con rapidez, yendo directamente hacia donde se encontraba la puerta de la calle. Cuando llegó abajo, la puerta estaba abierta.

Respiró tranquilizado, pues, al parecer, en el edificio no existía enemigo alguno. Subió precipitadamente al piso superior, yendo a la habitación donde estuvo encerrado, calzándose los zapatos con rapidez y volvió a descender. Los pies le dolían, pues se había cortado en varias partes.

Bajó los peldaños mientras llamaba a Judith.

Ésta le salió al encuentro, mirándole con ansiedad.

—¿Qué ha ocurrido?

—He matado a dos hombres y el otro pistolero ha huido. Debemos escapar sin perder un momento. Ya habrá avisado al señor Smith y no tardarán en estar aquí. No nos debe encontrar.

Durante un momento la estrechó contra su pecho y sus labios se

unieron. Pat cogió a la muchacha de un brazo.

—Vámonos.

—Sí...

—Me llamo Pat, Judith.

No pudo menos de sonreír. La joven confiaba por completo en él, le amaba e ignoraba cuál era su nombre. Todo esto era terriblemente absurdo, pues aún no hacía veinticuatro horas que se conocían. Pero se trataba de unas horas muy intensas, corriendo sus vidas continuo riesgo de extinguirse.

Salieron a la calle. Pat miró a su alrededor con inquietud, temiendo ver aparecer un coche y a Glick disparando contra ellos desde la ventanilla.

Nada de esto ocurrió y los dos jóvenes se deslizaron por la solitaria calle. Pat respiró más tranquilo.

—Me parece que hemos escapado de las garras de esos bandidos.

—Gracias a Dios. Estaba temiendo por ti. ¿Por qué te persiguen esos hombres?

—Ya te lo explicaré cuando estemos más tranquilos.

—¿A dónde vamos, Pat?

—A casa de mi primo. Norma cuidará de ti, es muy buena.

—¿Norma es la mujer de tu primo?

—Sí.

Ahora Pat ya sabía dónde se encontraba, pues acababan de desembocar en una céntrica calle. El joven asió con fuerza a la muchacha por el hombro y la atrajo hacia sí, arrimándose a la pared cuanto le fue posible.

Un coche pasaba a escasa distancia de ellos Pat lo reconoció: era el coche perseguidor, cuyo cristal delantero fue roto por la piedra lanzada por él. En su interior iría Glick y, probablemente, no les había visto. Lo demostraba el hecho de no haber chirriado los frenos, saltando los pistoleros del coche y corriendo hacia ellos.

—Son ellos, Judith.

Notó como la muchacha se estremecía entre sus brazos, Sus labios se posaron con ternura en sus cabellos.

—¡Cuánto lamento haberte metido en esto!

—Yo no, no te hubiera conocido, Pat.

—Eres adorable, te quiero mucho.

—¿De veras?

El tono de la muchacha denotaba una gran alegría, como si hasta entonces no tuviera la seguridad de ser correspondida. Ahora fue el joven quien se estremeció.

—¿Acaso lo dudabas?

—No te lo había oído decir.

—Te he abrazado, Judith.

—Porque yo me había arrojado en tus brazos. Los hombres dais poca importancia a estas cosas.

—Judith, yo...

Pat detuvo su vehemente protesta. Lo dicho por la muchacha era cierto: él siempre aprovechaba cualquier pretexto para abrazar a una mujer bonita.

—¿Estás viendo, Pat? No trates de engañarme.

—Te quiero mucho. Te prometo no volver a mirar a otra mujer.

—Cállate, Pat —cortó Judith, poniéndole los dedos sobre los labios—. No hagas promesas, podrías arrepentirte.

—No, no me arrepentiré, puedes tener la seguridad de ello. —Y la besó apasionadamente.

El coche ya había desaparecido de su vista. Enlazando el talle de su amada, Pat aceleró la marcha. Temía volver a ver el coche y a Bruce Glick asomado a la ventanilla, mirándoles con una sarcástica sonrisa.

Anduvieron un largo trecho, hasta distinguir un taxi. Pat levantó un brazo y atrajo la atención del conductor. Poco después estaban en su interior y daba una dirección.

CAPÍTULO VIII

Apretó el timbre. Judith apoyaba la cabeza en su hombro; estaba muy cansada.

Oyeron unos pasos apresurados y una voz preguntó:

—¿Quién es? ¿Qué quiere a estas horas?

—Soy yo, John.

La puerta se abrió, apareciendo la maciza figura de John Merrill.

—¡Pat, muchacho...!

Se interrumpió. Sus ojos estaban fijos en la muchacha. Después miró el desaseado aspecto de su primo.

—¿Qué significa esto?

—Luego te lo explicaré. Ahora déjanos pasar.

—Es cierto. Perdona, soy muy torpe.

—No, John. Comprendo tu asombro.

John se apresuró a cerrar la puerta, mientras aparecía Norma, terminando de ponerse una bata. Abrió la boca desmesuradamente.

—Os presento a Judith. Necesita descansar, está extenuada.

—Y tú también, Pat. Tienes un aspecto lamentable. Me alegro de conocerla, Judith.

Y estrechó con afecto la mano de la muchacha. John se apresuró a hacerlo también, gustándole su aspecto.

—Sentaos —dijo Norma—. Calentaré café, les hace falta.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó John impaciente.

—John —le amonestó su esposa—, no son momentos de hacer preguntas; mañana nos lo explicará, si Pat lo desea.

Y se alejó, mientras John se encogía de hombros.

—Siempre cometo alguna torpeza. Norma tiene razón.

Judith sonrió y trató de disculparle.

—Su curiosidad está justificada.

—No, no, nunca tendré tacto... diplomático. ¿Ha sido el señor Smith?

El joven no pudo contener una carcajada. A pesar de reconocerse culpable y mostrarse arrepentido, su primo no podía contener su curiosidad.

—Sí, John.

Al parecer esta respuesta era suficiente, pues John se apresuró a colocar dos vasos ante ellos, llenándolo de *whisky*. La muchacha miró a Pat, como preguntándole la identidad del misterioso personaje. El joven sonrió, adelantó el busto y la besó en la nariz.

John parpadeó. Su primo estaba enamorado y no le desagradaba el aspecto de la muchacha, pese a no ser éste muy presentable.

—Bebed, os sentará bien.

—No me gusta el *whisky* —protestó Judith.

—Eso carece de importancia, Judith. Es como si fuese una medicina.

Bebió un sorbo, ella le imitó e hizo un guiño, aunque la palidez de su semblante disminuyó. Norma ya se encontraba en el saloncito, poniendo ante ellos dos tazas humeantes.

—Para Judith tengo una cama, tú deberás dormir en el sofá.

—No te preocupes por mí, Norma. Yo me marchó, debo ir a un sitio con urgencia.

—Te acompaño, Pat.

—No, te lo agradezco. Debes continuar aquí, no correré ningún peligro. Te lo prometo.

Tomó el café y se marchó al cuarto de aseo. Se duchó con rapidez; el contacto del agua le reconfortó. Se vistió, apareciendo con un aspecto distinguido. Judith le contempló extasiada.

—Si necesitas algo, Norma te complacerá. No temas, no la molestarás.

—Son ustedes muy buenos. Sólo deseo avisar a mi padre lo antes posible, el pobre estará muy preocupado con mi ausencia.

—De eso me cuidaré yo, Judith —se apresuró a ofrecerse John—. En cuanto se haga de día le mandaré un cable.

Y le ofreció un lápiz, para anotar la dirección en un bloc. Judith lo hizo así. Pat se apresuró a despedirse.

—Hasta luego.

Y golpeó con afecto la mano de la muchacha.

Norma acompañó a Judith hasta la habitación destinada para ella. Le preguntó si deseaba algo y se marchó. John ya estaba acostado.

—¿Qué te ha parecido esa chica?

—Me ha gustado mucho.

—Pat está enamorado de ella.

—Puedes estar segura, basta ver como la miraba. ¿Qué ocurre?

John se mordió los labios para no hablar. Después se limitó a decir:

—No sé nada, mañana nos lo explicará Pat. Ya lo oíste.

—Tú me ocultas algo.

—Nada en absoluto. Me mandaste callar, si no lo hubieras hecho ya estaríamos enterados.

—Nunca te hubiera creído un hipócrita, John —le amonestó ella sonriendo.

Pat de nuevo se encontraba en la calle. Ahora respiraba tranquilo, no temiendo a nada ni a nadie. Judith se hallaba en completa seguridad.

Anduvo con rapidez, en dirección a la comisaría. Entró en ella, notando como su sensación de seguridad aumentaba. Hasta allí no llegaría el nefasto poder del misterioso señor Smith.

Un sargento le observó con recelosa mirada. Con un movimiento de cabeza respondió a su saludo. Después preguntó:

—¿Qué desea, señor?

—Hablar con el inspector Kirby.

—A estas horas el inspector Kirby está acostado. ¿No le sirvo yo?

La pregunta estaba hecha con tono sarcástico. Pat movió la cabeza.

—No, sargento. Se trata de algo muy importante.

—Explíquese, después le daré mi opinión.

—Haga el favor de llamarle, no le pesará. De momento puede ir a buscar los cadáveres de dos hombres.

El sargento abrió la boca, estupefacto. Sus ojos estaban fijos en el nocturno visitante.

—¿Quién los ha matado?

—Yo.

—¿Está usted bromeando?

—En absoluto. Le estoy hablando muy en serio.

—¿Dónde han ocurrido esas muertes?

—Ignoro el nombre de esa calle, pero se la describiré, les será fácil encontrarla y también la casa.

Se acercó a la pared, donde había un plano de la ciudad. Enseguida distinguió la calle y la señaló.

—Es ésta.

Y describió la casa. Después, indicó los lugares donde encontrarían los cadáveres, entregando la pistola arrebatada a Murphy.

—Pertenecía a un tal Murphy, cuyo nombre ignoro. ¿Le parece suficiente motivo para despertar al inspector Kirby?

El sargento asintió con un gesto, procediendo seguidamente a ordenar la búsqueda de los dos cadáveres y avisar al inspector. Pat fumaba tranquilo, dueño por completo de sus nervios. Fingía no darse cuenta de las continuas miradas que le dirigía el sargento.

—Esta pistola ha sido disparada recientemente —dijo el sargento.

Habíase sentado de nuevo y le miraba con fijeza.

—Ya se lo he dicho, sargento. Con ella he matado a un hombre; al otro lo derribé por el tejado y se estrelló en la calle.

—¿Cómo se llama usted?

—Pat Merrill. El inspector Kirby me conoce.

—¡Hum, no creo le gusten sus explicaciones!

—Tampoco tengo la seguridad, pero se trata de la verdad. Me apuesto un dólar a que se muestra comprensivo.

—Está usted hablando con la autoridad, su propuesta es ofensiva.

—Se trataba de una broma, sargento.

Y exhaló una bocanada de humo. El sargento fingió ensimismarse en la consulta de unos papeles, aunque Pat tenía la seguridad de que no se enteraba de su contenido.

No tardó en aparecer el inspector Kirby. Su semblante denotaba su mal humor por haber sido arrancado del lecho tan bruscamente. Miro al joven y no llegó a sonreír.

—¿Es usted, Merrill? —masculló a guisa de saludo—. ¿Qué diablos le ha ocurrido?

—Muchas cosas, inspector Kirby. He venido a informarle en cuanto me ha sido posible.

—Podía haber esperado a mañana. La policía también tiene derecho a dormir. ¿No cree?

Estas dos palabras fueron pronunciadas con mordaz ironía, mientras sus ojos permanecían fijos, inquisitivos, en el rostro de Pat.

—No tengo nada contra usted, inspector Kirby. Incluso, me es simpático. Pero cuando ocurre algo importante, el deber de todo ciudadano es comunicarlo a la policía, ¿verdad?

—Sí.

—Hace poco más de una hora maté a dos hombres.

El inspector Kirby abrió la boca sorprendido; sus ojos estaban desmesuradamente abiertos.

—Siempre le he creído un hombre honrado, Merrill.

—Le agradezco su opinión, inspector. Le ruego siga teniéndola.

—Ha matado a dos hombres.

—En defensa propia, eso no constituye un delito.

—No lo sé, todo depende de las circunstancias.

En aquel momento regresaron los agentes enviados por el sargento a realizar las diligencias.

—No hemos encontrado ningún cadáver, sargento. La casa está deshabitada y todo aparece en orden.

El sargento miró con furia a Pat.

—Ya lo sospechaba, es usted un bromista, Merrill. Pero esto lo pagará caro, se lo prometo. Conque dos cadáveres, ¡eh!

—No diga disparates, sargento. ¿Acaso no tiene esa pistola?

—Ha podido ser disparada por usted, es cierto. Pero sólo para dar mayor verosimilitud a su broma. La bebida le inclina hacia lo truculento.

—Inspector Kirby, ¿me permite explicarme? —dijo el joven sin perder la calma.

—Si, estoy deseando conocer su explicación, Merrill —asintió el inspector sonriendo; era indudable que tampoco le creía—. Cállese sargento.

Éste obedeció, aunque su mirada continuaba fija en el nocturno visitante. Su expresión era decididamente amenazadora.

Pat empezó a hablar, relatando desde la primera y amenazadora presentación de Murphy ante él, hasta la salida de la casa abandonada, habiendo visto pasar el coche de Glick ante ellos.

El aspecto de las tres personas que se encontraban ante él había cambiado por completo. En el semblante del inspector aparecía una ávida y sombría expresión. El sargento meneaba la cabeza sin cesar, como si vacilase en creer el relato del joven. El agente era quien daba mayores muestras de haberle creído, contemplándole con admiración.

Pat señaló su cara y, entreabriéndose la camisa, mostró su hombro amoratado.

—Éstos son los golpes recibidos.

—¿Por qué no vino ayer a comunicarme lo sucedido? —inquirió Kirby.

—Precisamente por esto. Temí no ser creído, usted se habría limitado a darme unas afectuosas palmadas y algunos consejos. Entre ellos el de no volver a preocuparme.

—¡Cómo se atreve a...! —exclamó airado, pero se contuvo y sonrió—. Quizá sea cierto, ésa habría sido mi reacción.

—Carecía de pruebas para tratar de convencerle; ahora me sobran. Tengo el testimonio de la señorita Sherer, la sustracción de un coche y la muerte de esos dos pistoleros. La desaparición de Murphy se podrá comprobar con facilidad.

—Tiene usted razón, Merrill. Ese Glick se apresuró a hacer desaparecer las huellas delatorias de la casa deshabitada; de esta forma trata de desorientarnos. Su actuación ha sido admirable, le felicito por su entereza.

—He cumplido con mi deber. No estaba dispuesto a colaborar con un delincuente.

—¿Se cree libre de ese señor Smith?

—No. Es muy obstinado y probablemente tratará de encontrar un medio para obligarme a obedecerle.

—Le protegeremos, Merrill.

—¿Cómo?

—Pondré a dos hombres vigilándole.

—Ese individuo es muy astuto y lo advertirá inmediatamente.

—Tiene usted poca confianza en la autoridad.

—No es eso, inspector. Conozco la forma de actuar del señor Smith y no caerá en una burda trampa. El botín es muy importante para él; tal como se encuentra es como si estuviese a miles de kilómetros de él. No puede sacarlo de la ciudad, pues la policía

ejerce una estrecha vigilancia.

El inspector Kirby hizo un gesto y el agente se apresuró a salir del despacho, procurando no demostrar se hallaba contrariado. Le hubiera gustado satisfacer su curiosidad.

—¿Sabe de lo que se trata, Merrill?

—Sin lugar a dudas, inspector. Estoy enterado del robo cometido en la mansión de Harold Hopkinson. Desapareció sólo un objeto, una pequeña caja fuerte, en cuyo interior hay una valiosa colección de joyas. Su valor supera al millón de dólares. Un buen golpe.

—Sí, su autor debe ser ese misterioso señor Smith.

—Indudablemente.

—No habíamos podido hallar la menor huella de los ladrones. Usted nos ha mostrado el primer indicio.

—Que no les conducirá a ninguna parte, desgraciadamente.

—Usted le ha visto dos veces, Merrill. ¿Podría reconocerlo?

El joven meneó la cabeza negativamente. Este gesto fue hecho sin la menor vacilación.

—Imposible, inspector. El señor Smith se cubría con una vieja y vulgar gabardina. Ocultaba su cara con un sombrero y una bufanda. Incluso su voz estaba desfigurada, probablemente por un objeto metálico colocado entre su boca y la bufanda. Sus propios hombres desconocen su personalidad.

—Sí, es endemoniadamente hábil.

El inspector Kirby había adoptado una actitud preocupada; en su frente se advertían profundas arrugas. Levantó la cabeza y miró al joven.

—Usted es nuestro único medio de descubrir al señor Smith. ¿Quiere ayudarnos?

—Sí.

La contestación de Pat fue rápida y sencilla.

El inspector y el sargento no pudieron menos de cambiar entre sí una mirada de sorpresa.

—Mi deber es advertirle que correrá muchos riesgos, Merrill.

Una sarcástica sonrisa entreabrió los labios de Pat.

—Tengo sobrados motivos para creerlo así, inspector.

Éste se echó a reír.

—Es cierto. Ya me olvidaba de cuanto le ha ocurrido. Sería natural que ahora quisiera quedarse al margen, dejando al señor

Smith a nuestro cuidado.

—No me sería posible. Soy una presa muy codiciada para ese bandido. Además, quisiera verle pagar sus crímenes. Estaba decidido a matar a Judith y a mí.

—Le agradezco su decisión. Dos de mis hábiles hombres le protegerán.

Pat se levantó, asintiendo. No creía mucho en la protección de los dos agentes, pero no la desdeñó, pues con su ayuda quizá lograse descubrir y capturar al señor Smith.

—Me marcho, inspector Kirby.

—¿Qué va usted a hacer?

—Descansar unas horas, lo necesito; tengo todo el cuerpo dolorido. Después, reanudaré mi vida normal. Pero no me será posible, el señor Smith tratará de evitarlo.

—Mucho cuidado, no se arriesgue demasiado.

—Lo tendré.

Y estrechó la mano del inspector Kirby. El sargento parecía estar avergonzado. El joven le dio una palmada en el brazo.

—¿Me guarda usted rencor, sargento?

—¡Oh, no, al contrario! —exclamó éste con viveza—. Al contrario, temo haya formado muy mala opinión de mí.

—Nada de eso, su reacción la esperaba. Ha sido natural.

Ya se encontraba en la puerta cuando le detuvo la voz del inspector:

—Tenga esto, le hará falta.

Y le tendió la pistola.

Pat vaciló; por fin se decidió a cogerla.

—Gracias, inspector.

—Úsela sin contemplaciones. Me gustaría atrapar al señor Smith vivo, pero lo prefiero muerto antes de encontrarme con una víctima inocente.

El joven, tan pronto se encontró en la calle, miró a su alrededor por si sus enemigos estaban al acecho. No lo creía, pues éstos no pudieron localizarle.

Arrimado a la pared anduvo con rapidez, atento a cualquier movimiento imprevisto. De ninguna forma estaba dispuesto a ser cogido desprevenido.

Llegó a su apartamento sin novedad, deteniéndose ante la

puerta. Entonces fue cuando comprendió su error, recordando que le había desaparecido su llavero. Éste debía hallarse en poder del señor Smith. Miró a su alrededor, por si algún pistolero estaba al acecho. En forma alguna le convenía entrar en el piso, pues se encontraría a merced de sus enemigos.

Descendió los peldaños. De nuevo estaba en la calle. No vaciló, dirigiéndose a un hotel. El conserje le miró de forma inquisitiva.

—¿Qué desea, señor?

—Una habitación.

El hombre abrió el libro de registro, alargándole una pluma.

Pat le miró y sonrió.

—Carezco de documentación y dinero.

La pluma retrocedió con rapidez y el libro se cerró. Un rostro ceñudo estaba ante él.

—¿Cómo se atreve usted a presentarse aquí en esas condiciones?

Pat se quitó reloj, único objeto de valor que llevaba encima, exceptuando la pistola. Pero si ofrecía ésta al conserje, éste se apresuraría a gritar despavorido.

—Mañana, vendrá mi primo a pagarle mi alojamiento antes de mi marcha. Le dejo mi reloj como fianza, es de buena calidad.

El conserje estaba desconcertado.

—Esto es muy extraño, señor.

—Me encuentro en una desagradable situación, he perdido la llave de mi apartamento y el dinero. Puede llamar al inspector Kirby, comisaría cuatro, él responderá de mí.

Estas últimas palabras fueron decisivas. El nombre del inspector Kirby desvaneció las sospechas del conserje de que se encontraba ante un delincuente.

El joven señalaba el teléfono.

—Puede llamar ahora.

—No es necesario, señor. Me fío de usted, no le acepto el reloj.

Y abrió el libro, ofreciéndole la pluma.

Pat anotó su nombre, siguiendo al conserje. Éste se detuvo en el primer piso y abrió una puerta.

—Su habitación, señor Merrill.

—Llámeme a las ocho. Si sigo durmiendo, insista.

—Faltan pocas horas, señor.

—Lo sé, estoy deseando aprovecharlas.

Y ahogó un bostezo; con la mano se cubrió la boca.

Tan pronto se halló solo, se desnudó y se metió en el lecho, sin preocuparse de examinar la habitación. Tan pronto su cabeza tocó la almohada y apagó la luz, se quedó profundamente dormido.

CAPÍTULO IX

—Señor Merrill.

Pat hizo un movimiento, como si pretendiese alejar aquella inoportuna voz. Pero ésta continuó insistiendo y abrió los ojos.

—¿Qué ocurre? —inquirió soñolienta.

—Son las ocho, señor Merrill.

—Gracias, me levanto inmediatamente.

Una vez el conserje hubo salido de la habitación, saltó del lecho y se duchó, vistiéndose apresuradamente. No tardó en encontrarse ante el mostrador, dirigiendo una sonrisa al conserje.

—Buenos días. ¿Puedo telefonear?

—La cabina está a su disposición, señor Merrill.

—Gracias.

Marcó el número de su primo; no tardó en oír la voz de Norma.

—Buenos días, Norma.

—¿Eres tú, Pat?

—Sí. Dile a John que se ponga.

—Estábamos intranquilos por ti. John no puede ponerse, ya se ha marchado. Ha ido a poner el cable para el padre de Judith y a trabajar.

—Hazme un favor, Norma. Ven a este hotel con diez dólares.

Seguidamente le dio la dirección del hotel.

—Enseguida estaré ahí.

Colgó y no pudo menos de sonreír. Lo hizo al recordar la forma como Norma pronunció el nombre de la muchacha. Daba la sensación de que la consideraba como un miembro de la familia, como si fuese... su esposa.

Sí, ésta era la realidad. No tardaría en convertirse en un hombre casado, teniendo diversos deberes a su cargo. Se sorprendió al no

sentir ningún estremecimiento, que hubiera sido normal, debido a su instintivo horror al matrimonio. Pero el recuerdo de Judith era más fuerte. Y no pudo evitar exhalar un suspiro.

—Bueno, no tardaré en pagarle la cuenta. ¿Ha avisado al inspector Kirby?

—De ninguna manera, señor. Me he fiado por completo de usted.

No tardó en entrar Norma, besando con afecto a Pat en la mejilla y entregándole el dinero. El joven lo dejó ante el conserje.

—Quédese con el cambio, amigo.

—Es demasiado, señor.

—¿Tiene un hijo? —El conserje movió la cabeza afirmativamente—. Cómprele un regalo.

—Le estoy muy agradecido, señor Merrill.

El joven cogió del brazo a Norma y, salieron del hotel. Detuvo un taxi y se hizo conducir a la casa de su primo.

—¿Por qué no regresaste, Pat? —preguntó Norma—. Ya os había causado muchas molestias. John necesita dormir, si no lo hace es hombre perdido.

—Siempre serás el mismo. ¿Te has enamorado de Judith?

Él la miró durante un segundo; después asintió en silencio.

—¡Cuánto me alegro, Pat! Hacía tiempo que lo deseaba, es una chica estupenda. Está loca por ti.

—Y muy animosa. Por nada en el mundo quisiera perderla.

Encontraron a Judith en la cocina. La muchacha preparaba el desayuno de Pat, habiendo recibido instrucciones sobre los gustos de éste. Su prima le conocía muy bien. Entre las dos mujeres habíase establecido una gran simpatía.

La conducía de Judith fue inesperada para el joven, pues se limitó a saludarle y servirle el desayuno, casi sin mirarle. Pat sentíase desasosegado y furioso al mismo tiempo. ¡Le hubiese gustado tanto que la muchacha se arrojase en sus brazos a su llegada! Quizá Norma estuviese equivocada y no estaba enamorada de él. Lo ocurrido el día anterior fue debido a la exaltación de sus nervios, viendo en él tan sólo una ayuda para salir de aquella apurada situación.

Se despidió, pues debía ir a la oficina, dando una explicación de su ausencia del día anterior. En realidad, con dar un vago pretexto

tenía suficiente, ya que nadie le exigía formalidad alguna, toda vez que su independencia era limitada.

Se despidió de Norma y ésta se apresuró a marcharse, dejándole solo con Judith.

—Hasta luego, Judith. Si tu padre ha venido por ti, ya nos veremos.

—Ten cuidado, Pat.

Ahora le miraba con ansiedad y no pudo reprimir un sollozo al poner sus manos sobre los brazos de él. Pat la enlazó por el talle, atrayéndola hacia sí, sin encontrar resistencia. Sus labios se unieron. Al separarse, el joven musitó:

—Te quiero mucho, Judith.

La soltó precipitadamente y se marchó.

Llegó a la oficina. El ordenanza le saludó, mirándole con insistencia. Pat lo comprendió; se debía a las señales de su rostro.

Antes de ir a su despacho, se dirigió al del gerente.

—¡Hola, Pat! Ayer te necesitaba con urgencia.

—No me fue posible venir, Graves. Una causa poderosa me lo impidió. Más tarde se lo explicaré con más detalle.

—No necesito detalles, muchacho. Voy a decirte... —se interrumpió con los ojos fijos en la cara de Pat—. ¿Qué te ha ocurrido?

Charles Graves era un hombre de sesenta años y aspecto jovial. Profesaba una gran estimación al joven. Estaba alarmado.

—Caí en poder de una cuadrilla de malhechores, Graves. Intentaron obligarme a abrir una caja fuerte, probablemente la robada a Harold Hopkinson. Me negué y no se mostraron muy cordiales.

—Siempre he confiado en ti, Pat —respondió con admiración el gerente—. Te espero dentro de media hora, hay un trabajo para ti y me darás más detalles de lo ocurrido. Ahora estoy intrigado por conocerlos.

Pat sonrió y se encaminó a su despacho. Antes de entrar en él una joven le dijo:

—Ha habido una llamada telefónica para usted, señor Merrill.

—Gracias, Mary —un escalofrío recorrió su cuerpo.

Estaba seguro de conocer al autor de la llamada. Sus dientes se apretaron con fuerza; si tenía ocasión de encontrarse ante el señor

Smith, éste lo lamentarla profundamente.

Durante diez minutos puso en orden todos sus asuntos, para entrevistarse con su superior. Entre ellos apenas debían cruzar palabras para entenderse. Graves le indicó que disponía de media hora, pues tenía un asunto urgente para él.

Sus nervios se crisparon al oír repiquetear el teléfono. Sus ojos se fijaron con desconfianza en el auricular, cogiéndolo con enérgico ademán.

—Señor Merrill, desean hablar con usted.

Inmediatamente oyó la voz metálica. No le sorprendió.

—Merrill, ¿se encuentra bien?

—Perfectamente, señor Smith.

—De nuevo soy generoso, la oferta vuelve a estar en pie. Cinco mil dólares si abre la caja.

—Mi contestación sigue siendo la misma: ¡Váyase al infierno!

—Hace mal en mostrarse intransigente. Lo lamentará y también la señorita Sherer. Sé dónde se encuentra y puedo apoderarme de ella. Sería una lástima, es muy linda.

—Le mataré, canalla. ¿Me ha oído? Le mataré.

Pat había perdido el control de sus nervios al oír la amenaza formulada por el señor Smith. No temía nada dirigido contra él, pero le horrorizaba la idea de ver a Judith otra vez en peligro. Estuvo tentado de sucumbir. Reaccionó con furia, oyendo la risa seca y cortante.

—Es muy impulsivo, Merrill.

No pudo responder; su misterioso interlocutor había colgado. Su plan no sería otro que el de apoderarse de la muchacha, sirviendo ésta para obligarle a acceder a su petición.

Todo su aplomo habíase desvanecido, habiendo perdido la batalla, cuando tuvo la convicción de haberla ganado.

Nerviosamente arregló los papeles, dando instrucciones a su ayudante. De nuevo se encontró ante Graves. Éste le escuchó interesado, lanzando de vez en cuando una exclamación de entusiasmo. Se levantó y golpeó con afecto la espalda del muchacho.

—Nunca hubiese sospechado que esas cosas ocurriesen realmente.

—Yo tampoco, Graves.

—Ya se encargará la policía de ese señor Smith. El inspector Kirby es muy inteligente.

Pat movió la cabeza, expresando sus dudas. No quiso decir al gerente la llamada recibida, pues con alarmarle no ganaría nada. Probablemente debería volver a medirse con el misterioso delincuente contando con sus propias fuerzas.

—Ayer me visitó Percy Brian. ¿Has oído hablar de él?

—Sí. Es un conocido millonario.

—Desea la sea instalada una caja fuerte en su domicilio. Me exigió mi mejor especialista. Debes ir a visitarle esta mañana.

—¿Lo cree conveniente?

—Sí, se trata de una persona muy influyente en la ciudad.

—Tengo mucho trabajo, Graves.

—Ves a verle, en esta mañana dejarás el asunto resuelto.

—Iré —accedió Pat de mal talante.

No le seducía aquella visita, debiendo dar explicaciones minuciosas a una persona que no le entendería, que quizá fuese muy pretenciosa. Pero debía cumplir con su deber y debía doblegarse.

—¿Quieres mi coche, Pat?

—No es necesario, cogeré un taxi. La policía no tardará en encontrarme el mío. Sólo es una pequeña molestia.

—Como quieras. Me interesa dejar satisfecho a Percy Brian, es íntimo amigo de mi cuñado.

—Graves ¿desde cuándo duda de mí? —fingió indignarse el joven.

Los dos se echaron a reír.

Pat salió a la calle, dirigiéndose a una parada de taxis. Abrió la portezuela de uno de éstos y dio al taxista la dirección de la morada de Percy Brian. Éste vivía en la parte alta de la ciudad, residencia de las personas acaudaladas.

Miró por la ventanilla y vio a un hombre dirigirse a un taxi y meterse apresuradamente en él. Antes había estado inmóvil, ojeando un periódico. Meneó la cabeza disgustado; el inspector Kirby le prometió poner un agente en su seguimiento, para ayudarle en un caso apurado. Le defraudó, pues afirmó ser uno de sus hombres más inteligentes, y aquél en forma alguna lo era. Todo su aspecto delataba su profesión, no pudiendo engañar a nadie, y

menos a unos hombres tan avezados como los secuaces del señor Smith.

¡Valiente ayuda la del inspector Kirby!

El taxi se detuvo. Pat pagó la carrera y examinó la casa. Era tal como la imaginó, una antigua y suntuosa mansión, emplazada en una amplia calle.

El otro taxi se detuvo a escasa distancia del suyo, descendiendo el agente. Sus movimientos eran torpes, fingiendo pasear despreocupadamente, sin apartar la mirada de él.

Subió unos peldaños de mármol y pulsó un timbre. Se abrió la puerta y apareció un viejo criado.

—¿Qué desea, señor?

—Ver al señor Brian.

—¿Le espera?

—Probablemente.

Y le entregó una tarjeta. El criado no llegó a mirarla, indicándole con un respetuoso ademán que esperase, cerrando la puerta, una vez estuvo en un amplio y lujoso vestíbulo.

No tardó en regresar el criado.

—El señor Brian le ruega haga el favor de esperar unos minutos, le atenderá lo antes posible.

El joven asintió, mientras mentalmente maldecía al millonario. Éste creía que sólo su tiempo tenía valor, el de los demás debía estar a su disposición. Encendió un cigarrillo y paseó nerviosamente, no aceptando la confortable butaca que le indicara el criado al introducirle en una pequeña estancia.

En el centro de ésta había una mesita y en ella varias revistas. Ni siquiera se le ocurrió ojearlas, sumido en sus pensamientos.

Aplastó la colilla en un cenicero, e inmediatamente encendió otro pitillo. Le dominaba una viva desazón. La llamada del señor Smith le había desquiciado los nervios, cuando se encontraba seguro de sí mismo.

Jamás sabría el delincuente el efecto causado por la amenaza lanzada contra Judith, aunque lo sospecharía. Ahora comprendía cuánto amaba a la muchacha, antojándosele ello imposible, debido al escaso tiempo que se conocían.

Se abrió la puerta y apareció el criado.

—El señor Brian le espera, señor Merrill.

El joven aplastó el cigarrillo en el cenicero, saliendo de la estancia. El servidor le guió respetuosamente, hasta detenerse ante una puerta, que abrió.

—Puede pasar, señor.

Se encontró en un despacho lujosamente amueblado, Su dueño demostraba poseer buen gusto. Pat se hallaba acostumbrado a encontrarse en lugares semejantes a aquél. En casi todo reinaba el lujo, pero no siempre éste poseía una exquisita armonía.

Tras la mesa se hallaba sentado un hombre, quien se levantó al entrar Pat, tendiéndole la mano.

—Es un placer conocerle, señor Merrill.

—Es usted muy amable, señor Brian.

—Haga el favor de sentarse. Estoy muy agradecido al señor Greaves por haberle enviado.

—Es usted un cliente, señor. Sus ruegos son órdenes.

Percy Brian era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de mediana estatura y vigoroso. Vestía con distinción y sus movimientos eran afables. Sus correctas facciones denotaban firmeza e inteligencia.

Abrió una preciosa cajita de madera, ofreciendo un cigarrillo a su visitante. Pat lo aceptó. Brian a su vez encendió otro.

—Le he hecho venir porque deseo instalar una caja fuerte en este despacho, pues he de guardar objetos y documentos valiosos. Quiero prevenirme contra, cualquier intento de robo.

El joven miró a su alrededor, deteniendo la mirada en un hermoso cuadro, obra de un famoso pintor.

—Detrás de ese cuadro sería el lugar más adecuado, si quiere que no sea visible. Si la desea grande, puede colocarse en aquel rincón.

Brian se levantó, dando la vuelta a la mesa. Pat se puso en pie.

—No, no la quiero excesivamente grande.

—Entonces, tras el cuadro.

El joven llegó hasta el cuadro y lo levantó, quedando sorprendido al ver una caja fuerte.

—Ya tiene una, señor Brian.

—Es cierto, se me había olvidado decírselo. Pero su modelo está anticuado. ¿No cree?

—No, realmente es difícil forzarla por unos ladrones; tendrían

que ser muy expertos para conseguirlo.

—Usted la abriría, ¿verdad?

Pat la examinó y asintió.

—Sí, me sería fácil. Por fortuna, los ladrones...

Se detuvo y miró a Brian. Éste permanecía a su lado, en correcta posición, sonriendo afable. Le acababa de asaltar una sospecha, pero no podía ser cierta.

—Decía usted...

—No todos los ladrones poseen mi pericia, señor Brian.

—Eso es consolador para quienes poseemos objetos valiosos.

Ahora Pat no se sentía tranquilo. La lujosa estancia parecía haber cambiado adquiriendo un aspecto lúgubre. Se censuró, pues no existía motivo alguno para alarmarse. Todo continuaba igual, siendo sus nervios los causantes de su súbita intranquilidad.

Brian continuaba sonriendo; su aspecto era afable, pero...

Le ocultó ya tener una caja fuerte en su despacho, siendo ésta muy sólida y relativamente moderna, no existiendo motivo para cambiarla. Además, le indicó buscarse el lugar más apropiado para colocarla, cuando éste ya estaba elegido.

—Sí, aunque existen ladrones muy audaces.

—El cambio será fácil de realizar, ¿verdad?

Pat examinó con detención la caja.

—Sí, la pared no sufrirá deterioro alguno.

—Confío en usted.

El joven se volvió, sorprendido por el tono con que fueron pronunciadas estas palabras.

CAPÍTULO X

Percy Brian continuaba sonriendo, pero su sonrisa ya no era afable, sino dura y amenazadora.

Su diestra sostenía una pistola y encañonaba al joven.

—¿Sorprendido, Merrill?

—No mucho, señor Smith. Tras haber visto esta caja fuerte empecé a sospechar algo anormal. Aunque debo reconocer que no esperaba encontrarme con usted tan pronto.

—Levante los brazos, por favor.

Pat obedeció, aunque con la intención de dejarlos caer sobre su enemigo. Oyó abrirse la puerta que daba al jardín, distinguiendo la alta y delgada figura de Bruce Glick.

—No se le ocurra comerte una tontería, Merrill —amenazó el pistolero—. Dispararía contra usted; mi pistola está provista de silenciador y nadie sospecharía su desaparición.

—El criado me ha visto entrar.

—El señor Brian afirmará haberle acompañado hasta la puerta personalmente; nadie dudará de su palabra.

Brian le registró, apoderándose de la pistola. Glick la examinó con experta mirada.

—Es la de Murphy. ¡Pobre muchacho, lo apreciaba mucho!

Su mirada estaba fija, amenazadora, en Pat.

—No debes preocuparte por Murphy. Actuó con torpeza y se mereció su desdichado final —respondió Brian con frialdad.

—Estoy sorprendido, Brian. Le creí más inteligente.

—¿Por qué, Merrill? —inquirió el millonario frunciendo el ceño.

—Bajo su disfraz de señor Smith era usted casi invulnerable, ahora ya no. Sé quién es usted.

—No le servirá de nada, mi querido amigo.

—Aunque yo muera, usted no escapará. Su identidad es conocida de Glick.

—Ahora sólo éste la conoce. Siempre he fiado en él y Murphy, ellos me han servido para proporcionarme una excelente cuadrilla. Permaneciendo en el más completo incógnito, no me habría sido posible cometer estos productivos robos.

—¿Cuántos han cometido?

—Tres. Aunque el de Hopkinson ha sido el más importante.

—Un hombre de su posición y su fortuna no debería haberse salido de la ley.

—¿Mi fortuna? —Brian soltó una carcajada—. No sea iluso, Merrill. Hace tres meses me encontré en una situación desesperada. La Bolsa me ha sido fatal. Me quedé sin dinero, contando solo con mi crédito. ¿Cuánto puede durar éste? Muy poco tiempo, viéndome obligado a abandonar todo esto. No me ha sido posible. ¿Usted qué habría hecho en, mi lugar?

—Empezar de nuevo. Usted es un hombre inteligente.

—No, no. Volvería a fracasar; por eso elegí el camino más fácil y seguro.

—Sólo le llevará a la perdición.

Por vez primera el semblante de Brian se alteró. Con un rápido movimiento abofeteó al joven. Pat hizo un gesto para repeler la agresión, pero el cañón de una pistola se incrustó en sus costillas. Ésta era sostenida por la firme mano de Glick.

El joven se mordió los labios, mirando con odio a Brian.

—Tengo otra deuda con usted.

Éste lanzó una carcajada. Carecía de la sequedad de otras veces, pero seguía sonando siniestra y amenazadora.

—Nunca podrá saldarla, ¿me ha oído?, nunca.

Todo en Percy Brian había cambiado. Ya no era el hombre correcto y afable, sino un ser completamente distinto. Sus ojos estaban inyectados en sangre, dispuesto a matar con tal de conseguir su propósito.

—Se olvida de una cosa, Brian. La policía está al acecho y si aparezco muerto le interrogarán. No logrará escapar.

—Usted se refiere a ese policía que le ha seguido hasta mi casa, ¿no es así?

A su pesar, Pat movió la cabeza afirmativamente.

—No se preocupe, ese hombre ha sido reducido a la impotencia. Glick se ha encargado de ello. Sospechaba que hablaría con la policía. ¿Ha sido con el inspector Kirby?

Ahora el joven no respondió, pero su silencio resultó muy elocuente. Brian le observaba, sonriendo complacido.

—No me he equivocado. El inspector Kirby es un iluso, sólo es capaz de detener a ladronzuelos. Con un hombre como yo, se estrellará. Tan sólo conseguirá hacer el ridículo.

Pat se retiró un paso, metiéndose las manos en los bolsillos. Miró a los dos hombres, sin manifestar el menor temor.

—Bien, estoy de nuevo en su poder. ¿Qué desea?

—Tan sólo abrir esa caja fuerte. Las joyas están tan fuera de mi alcance, como cuando pertenecían a Harold Hopkinson.

—¿Sigue ofreciéndome los cinco mil dólares?

—No, usted los rechazó. Ahora no se encuentra en condiciones de exigir condiciones.

—Puedo continuar negándome.

—Está en su derecho, pero no se lo recomiendo.

—No puede matarme, Brian. Si lo hiciera, no sabría cómo abrir esa caja fuerte.

—Todo sería cuestión de esperar a un hombre capaz de conseguirlo, y éste aceptará los cinco mil dólares, no tendrá sus escrúpulos. En cambio, usted perdería la vida. Para usted todo habría terminado.

—Acabemos cuanto antes, Brian —intervino Glick impaciente—. Estoy harto de escuchar las impertinencias de este individuo. Prefiero esperar y verlo muerto.

Brian se limitó a hacer un gesto, ordenando callar a su secuaz.

—No haga caso de Glick, es muy impulsivo. A veces antepone sus sentimientos personales a sus intereses. Eso es mala cosa, siempre debe predominar el sentido común.

—¿Como premio a mi ayuda, me dejaría vivir?

—Sí, se lo prometo.

—No lo creo. No puedo confiar en su promesa, usted es un malhechor. Su palabra no es ninguna garantía para mí.

—No obtendría ningún beneficio con su muerte.

—¿Se olvida que ahora conozco su identidad?

—Ya había pensado en ello, Merrill. Pero yo confío en usted, su

palabra es una garantía.

—Es muy halagador conocer su opinión.

—¿Acepta?

—No.

Glick volvió a aproximarse a Pat y de nuevo su pistola entró en contacto con el cuerpo del joven. Le empujó con contenida furia.

—Salga de aquí, Merrill. No intente ninguna jugarreta, yo no soy Murphy; le mataría.

Brian se adelantó, guiando a su prisionero. Subió al piso superior y no tardó en abrir una puerta. Cuando sus seguidores hubieron entrado, la cerró cuidadosamente.

—Aquí estaremos tranquilos, Merrill. Esta habitación no tiene nada de particular, excepto sus paredes y la puerta. No permite que salga ruido alguno. Aquí está la caja y la abrirá.

Y su dedo señaló a una mesa, sobre la cual había una caja fuerte. Pat la examinó con curiosidad profesional. Se trataba de una pequeña obra maestra, debiendo poner en acción toda su voluntad e inteligencia para abrirla. Aunque no dudaba en conseguirlo.

—No la abriré, Brian —respondió con firmeza.

Éste adelantó la mano con rapidez y la punta candente de su cigarrillo entró en contacto con el cuello del joven. Un rugido de dolor brotó de la garganta de Pat. Todo se oscureció a su alrededor, una niebla roja se extendió ante sus ojos y se lanzó contra su vil enemigo.

No llegó a dar un paso. Glick, atento a sus movimientos, le propinó un golpe en la cabeza con la culata de su pistola. Pat se estremeció y se desplomó al suelo sin conocimiento.

—Ahora ya empiezo a divertirme —comentó Glick soltando una sarcástica carcajada.

—No te preocupes, Glick. Abrirá la caja y después lo mataremos; para él no existe salvación.

Entre los dos levantaron a Pat, dejándolo en una butaca. La respiración del joven era entrecortada. Glick le abofeteó con furia.

—¡Cuidado, Glick! Este hombre nos es necesario, debe conservar el entendimiento. El dolor podría hacerle enloquecer.

Pat abrió los ojos. Su rostro se contrajo en una mueca de dolor. El cuello le ardía, intentó incorporarse pero la mano de Glick se apoyó en su pecho.

La voz de Brian se oyó insinuante:

—Hágame caso, Merrill. Abra la caja y todos ganaremos.

La mente del joven actuó con rapidez. De continuar negándose, sus enemigos seguirían martirizándole, acabando con sus energías. Ya no le sería posible luchar, su muerte sería segura. Además, no podía esperar ayuda del inspector Kirby. El agente de éste había sido reducido a la impotencia. Quizá la opinión de Brian sobre Kirby estaba justificada. Se enfrentó con un adversario superior a él.

—Déjeme respirar —musitó con voz débil.

Brian sonrió e hizo un gesto afirmativo a su cómplice. Glick, de mala gana, abrió la ventana, dejando entrar el aire. Pat abrió la boca con avidez, como si faltase aire a sus pulmones. Sus ojos seguían los movimientos de Glick, dándose cuenta de la vigilancia de Brian sobre él.

Ni un solo momento quedaría libre de las miradas de los forajidos, los cuales desconfiaban de él, pues se escapó dos veces de su poder. Conocían su combativo temperamento, siendo un desatado vendaval cuando se lanzaba al ataque.

—¿Se siente mejor? —preguntó Brian con dureza—. Se habrá dado cuenta de que no bromeamos.

—Lo supe desde un principio, señor Smith —masculó Pat entre sus apretados dientes.

—Todavía tenemos tiempo de llegar a un acuerdo. Es beneficioso para las dos partes.

Pat se humedeció los dedos con saliva y los pasó por su lastimado cuello. El dolor había disminuido, aunque resultaba abrumador, amortiguando el de su cabeza. En aquella lucha quedaría demostrada su resistencia, pues no cesaba de recibir golpes y ahora aquella alevosa quemadura.

—Sí. Accedo, no puedo hacer otra cosa.

Y dejó caer la cabeza entre sus manos, dando la sensación de encontrarse abatido. Brian sonrió y miró a su cómplice con expresión triunfadora. El éxito estaba a su alcance, Pat Merrill apenas tardaría más de una hora en abrir la caja fuerte, poniendo ante ellos la preciosa colección de joyas de Harold Hopkinson.

—Dale un poco de *whisky*, Glick. Le reanimará.

—Un pedazo de plomo le daría —masculó el pistolero.

Aunque estas palabras fueron pronunciadas en voz baja, llegaron

hasta Pat. El joven comprendió la firme decisión de Glick de satisfacer este deseo.

Su fin estaba decidido por los dos hombres, pero éste no llegaría sin luchar. Aunque esperaba una oportunidad para salvarse.

De un armario, Glick cogió una botella y vertió una generosa cantidad de *whisky* en un vaso, que ofreció a Pat.

—Beba.

El joven obedeció. El licor le sentó bien. En tres sorbos dejó el vaso medio vacío y se levantó. Se pasó las manos por los cabellos, procurando ponerlos en orden.

—Me encuentro mejor, Brian. Voy a ver esa caja, cuanto antes la abra, antes saldré de esta casa.

—Bien dicho, Merrill —aprobó Brian sonriendo—. Tenía la seguridad de que llegaría a un entendimiento. Sólo lamento haberme visto obligado a recurrir a ciertos procedimientos. Pero no había otra solución, usted ha sido testigo.

—Y sufrido las consecuencias.

—Olvídese. Dentro de una semana no nos acordaremos de todo esto. Trabaje bien y le acompañaré hasta la puerta.

Pat esbozó una sarcástica sonrisa. Percy Brian había dicho que le acompañaría hasta la puerta, pero no puntualizó si sería muerto o vivo. Aunque tenía la seguridad de lo primero. La promesa del facineroso era falsa, ni por un momento creyó en ella.

Llegó hasta la mesa y examinó la caja. Su experta mirada la advirtió de que era una tarea difícil, aunque también la seguridad de salir triunfante.

—¿Qué le parece? —preguntó Brian con avidez.

—Es endemoniadamente difícil.

—Pero ¿la abrirá?

—Sí.

—Adelante, Merrill. Me mostraré generoso, le entregaré los cinco mil dólares.

—No me interesa el dinero, me convertiría en su cómplice.

Brian se encogió de hombros sonriendo, mientras Glick no apartaba su malévola mirada del joven. Con su ofrecimiento, Percy Brian trataba de engañar a Pat. Si su generosidad llegaba al extremo de darle la cantidad ofrecida, en la primera ocasión, trataría de matarle.

Pero Pat no cayó en la trampa, comprendiendo sus verdaderas intenciones. Cuando la caja estuviese abierta, viendo ante sí las joyas, sin existir obstáculo alguno para apoderarse de ellas, con un gesto ordenaría a Glick que disparase contra su víctima.

Tan sólo sonaría un ligero chasquido y Pat se desplomaría muerto. El joven trabajó intensamente, tratando de conseguir hallar el secreto de la combinación. Su interés no era fingido, complaciendo a sus enemigos.

—¿Puedo fumar? —preguntó.

—Haga lo que quiera, Merrill —se apresuró a responder Brian con solicitud—. Puede pedir cuanto necesite.

Pat no respondió. Extrajo un cigarrillo del bolsillo y lo encendió. Después, cogió el vaso y bebió un poco de *whisky*.

—Haga el favor de llenarlo —dijo a Glick.

Éste, sin abandonar la pistola, obedeció. Su actitud demostraba que no estaba dispuesto a descuidar la vigilancia, no queriendo ser sorprendido por un desesperado intento del joven. No se fiaba de él.

Los dos hombres seguían con interés los movimientos de Pat. Éstos eran rápidos y ágiles, sus dedos se movían acompasadamente, como si la caja fuese un ser viviente y tratase de sorprender sus reacciones.

Se detuvo y se pasó el pañuelo por la frente. Sudaba y sus ojos brillaban de excitación, como si estuviese deseando salir triunfante de la dura tarea emprendida.

—¿Lo conseguiré, Merrill?

—Sí, la abriré.

De nuevo reanudó la tarea. Sus esfuerzos hasta entonces resultaron infructuosos, estrellándose contra el potente mecanismo de la caja. De pronto oyó un ligero cric, un ruido casi imperceptible, aunque no escapó a su oído. Ahora ya no podía dudar de su triunfo.

El tiempo pasaba con rapidez, sin que los tres hombres se diesen cuenta. Brian y Glick también fumaban, pues la tensión nerviosa se había apoderado de ellos.

De pronto Brian se movió sobresaltado, acercándose precipitadamente a la ventana. Algunos hombres se aproximaban a la casa, habiendo descendido de dos coches. Éstos se detuvieron a cierta distancia. El forajido frunció el ceño y masculló:

—Esto no me gusta, Glick.

—¿Qué ocurre? —preguntó el pistolero mirándole con estupor.

—La policía ha llegado.

—¿No se equivoca?

Percy Brian sonrió de forma significativa.

—No lo creo, tengo buen olfato para reconocer a esos individuos. ¿Qué has hecho con el agente?

—Lo dejé en el garaje, atado y amordazado.

—¿Estás convencido de que vino solo?

—Sí, descendió de un taxi.

—Ten cuidado con Merrill. Voy a enterarme de lo que ocurre y lo solucionaré.

—No se preocupe, este pájaro no volará. Antes le romperé un ala.

Y se echó a reír, divertido con su ocurrencia.

Una repentina ráfaga de esperanza se apoderó de Pat. Las palabras de Percy Brian dejaron entrever una salida para su apurada situación. En realidad continuaba siendo la misma; se encontraba en una habitación incomunicada, teniendo a un pistolero encañonándole, implacable.

Percy Brian se guardó la pistola y salió al exterior, cerrando cuidadosamente la puerta. Al hacerlo oyó como llamaban, teniendo la certeza de no haberse equivocado. La policía se encontraba en su casa, existiendo sólo una explicación para ello: El inspector Kirby debía conocer la desaparición de su agente y de Pat Merrill.

Entonces fue cuando dio muestras de su audacia y sangre fría, descendiendo con lentitud la escalera. El criado se encontraba frente a tres hombres y decía en aquel momento:

—Avisaré al señor Brian, inspector.

—Hágalo cuanto antes, tenemos prisa —respondió la voz autoritaria de Kirby.

—¿Qué ocurre, Peter? ¿A qué obedece la presencia aquí de estos señores?

—Son policías, señor. Desean hablarle.

—¿Policías? Hagan el favor de pasar a mi despacho.

—No es necesario, señor Brian. Se trata de un asunto urgente. Uno de mis hombres ha desaparecido. Soy el inspector Kirby.

—Es muy sensible, inspector. Si en algo puedo serle útil...

—Sí, registraremos su casa.

—¿Mi casa? Esto es sorprendente. ¿Sospecha usted de mí?

—No, no, puede haber sido otro individuo. No será sólo su casa la registrada, sino cuantas hay en esta calle.

—Siendo así...

Y Percy Brian hizo un ademán significativo, indicando que su casa estaba a disposición del inspector Kirby.

Pat, tras la salida del millonario, siguió trabajando con ahínco. Casi ya poseía la clave de la caja, aunque le faltaba la parte más importante para conseguir abrirla. Hizo un fuerte chasquido y lanzó una exclamación triunfal. Se irguió y cogió el vaso de *whisky*.

—¿Lo ha conseguido? —preguntó Glick vivamente.

—Casi, no tardaré en abrirla —respondió el joven con firmeza.

Los ojos del pistolero se posaron durante unos instantes en la caja. Pat actuó con relampagueante celeridad, arrojando el licor al rostro de Glick.

Una imprecación brotó de la boca del pistolero y disparó a ciegas, pues su mano izquierda trataba inútilmente de limpiarse los ojos. El proyectil pasó lejos de Pat. El joven pegó con dureza en el estómago de Glick, y éste se dobló, acusando el golpe.

El joven aferró la muñeca armada y apretó con fuerza. Los dedos de su enemigo se abrieron, soltando la pistola. Pat hizo una violenta presión y el cuerpo de Glick volteó en el aire, cayendo pesadamente al suelo.

Glick aún intentó levantarse, pero Pat se encontraba a su lado, observándole. Se limitó a golpearle en la mandíbula y el pistolero se desplomó, quedando inmóvil.

Corrió hacia la puerta y la abrió, corriendo hacia abajo. Fue en el momento de acceder Percy Brian a la petición del inspector Kirby. Al rumor producido por el joven, todos levantaron las cabezas.

Pat gritó:

—Detenga a ese hombre, inspector. Es el señor Smith.

El rostro de Brian se volvió lívido, sus ojos se desorbitaron y sus dientes rechinaron. Dio dos pasos atrás y empuñó su pistola, haciendo fuego contra Pat. El joven ya esperaba esto y se dejó caer sobre el peldaño.

Brian no logró volver a disparar, tras cerciorarse de haber errado el tiro. El inspector Kirby saltó sobre él con sorprendente agilidad y

con fuerte impulso lo derribó, esposándolo hábilmente. Brian no logró oponerse, aunque continuaba sosteniendo la pistola. Ésta le fue arrebatada por el inspector con un seco movimiento.

—Quieto, Brian. Cuanto haga será perjudicial para usted.

—Arriba está Glick, inspector. Y también la caja fuerte.

—Gracias, Merrill. Se ha portado muy bien, para usted será la recompensa ofrecida por la Compañía de Seguros.

El joven se encogió de hombros, como no dando importancia a aquella recompensa.

—Ese dinero le irá muy bien para el viaje de novios.

—Sí, tiene usted razón —asintió Pat sin poder evitar enrojecer.

Kirby hizo un ademán y Percy Brian fue sacado de la casa. Los ojos del malvado estaban fijos en el suelo, abrumado por la derrota sufrida. Nuevos agentes entraron en la casa, yendo en busca de Glick.

—Su agente se encuentra en el garaje, inspector —dijo Pat.

—Ya no, Merrill —replicó Kirby sonriendo.

La cara del joven mostró un gran asombro.

—Sí, muchacho. Ese agente ha sido un cebo para sorprender al señor Smith. Tenía a otro hombre al acecho. Si el agente hubiese corrido peligro de muerte, habría intervenido. Al no ocurrir así, se limitó a avisarme.

—¿Me necesita?

—Sí, su declaración es de gran importancia, pero puedo esperar.

—Gracias, inspector.

Pat descendió del taxi y no tardó en llamar al piso de su primo. Quedó sorprendido al encontrarse ante Judith. Sin mediar palabra, se abrazaron.

Tras ellos estaban John, Norma y el padre de Judith.

—Señor Sherer, dentro se está muy bien, ¿no cree? —dijo John.

—Sí. No hubiese creído a Judith tan impulsiva —comentó moviendo la cabeza y sonriendo.

John y Norma se miraron. Ella respondió:

—Es el amor, señor.



ASESINATO EN AGUAS CALIENTES

por

KEITH LUGER

—Por ustedes y por el buen éxito de sus balas.

Atrapé con el pie el taburete del más gordo y tiré de él con fuerza.

El tipo se derrumbó en el suelo haciendo aspavientos y zullendo.

Me revolví hacia su compañero cuando éste tiraba de la pistola.

Le arrojé el whisky a la cara, y aprovechando su desconcierto, le solté un puñetazo entre los dos ojos.

También cayó mugiendo como un becerro.

ASESINATO EN AGUAS CALIENTES

*Si logran atraparlo, le tenían preparada
una muerte original... ¡Agua caliente!*

Una nueva novela de

KEITH LUGER

Sale la próxima semana



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain



VETERANO
tiene
ESO...



epi

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1712*